



# Un paseo con Gerónimo

Daniel Barbieri



Ediciones Turas Mór



# **Un paseo con Gerónimo**



# **Un paseo con Gerónimo**

**Daniel Barbieri**



**Ediciones Turas Mór**

La reproducción total o parcial de esta obra sólo puede ser efectuada con referencia de la fuente original y autorización de los propietarios de los derechos. Las publicaciones de **e-ditores** son totalmente gratuitas y de libre distribución.

En la tapa: Hieronymus Bosch, *El infierno* (detalle), del tríptico "El Jardín de las Delicias", Museo del Prado, Madrid.

1ª edición: *Un paseo con Gerónimo*, "Cuasar", n° 6, agosto de 1985.

2ª edición: *Un paseo con Gerónimo*, en "Cuentos 2", Bs. As., Ed. Filofalsía, noviembre de 1986.

3ª edición: *Un paseo con Gerónimo*, Bs. As., Santiago Oviedo Editor/Milenio 3, junio de 1993.

4ª edición: *Un paseo con Gerónimo*, Bs. As., Ediciones Turas Mór, abril de 2006.

COMPUESTO Y EDITADO EN LA ARGENTINA

## PALABRAS PRELIMINARES

Para un escritor suele ser difícil afrontar la tarea de realizar una semblanza objetiva de cualquier persona (y especialmente de sí mismo), pero eso parece imposible cuando se trata de un amigo.

Daniel Barbieri tenía la habilidad de mezclar lo real con lo ficticio, anécdotas personales o noticias cotidianas con el más puro fruto de la imaginación, hasta que el lector no podía discernir lo uno de lo otro. Una forma “dickiana” de entender la existencia –en suma–, donde a los personajes les cuesta lograr la empatía con el otro, porque cada uno está pergeñando una escritura-lectura personal del mundo.

Si es cierto, entonces, que a través del escritor se puede alcanzar al verdadero ser humano –no velado por normas de conducta ni por poses–, a la inversa, conociendo a la persona y sus vivencias, se podría especular cuánto más podría haber escrito de haber tenido la oportunidad.

Ante la imposibilidad física de contar con nuevo material de Barbieri, parece entonces acertado acercar al lector en general una obra que actualmente es prácticamente inhallable.

*Un paseo con Gerónimo* apareció por primera vez en la revista “Cuasar”, en 1985. En la versión que ahora se reedita, con algunos mínimos cambios en cuanto a puntuación, se conserva el prólogo original de Germán Cáceres y se incluye el cuento *Nunca se sabe cómo empieza*. La elección de este relato –por otra parte– no es accidental.

Tanto en *Un paseo* como en *Nunca se sabe* la represión es omnipresente. El primero tiene lugar durante la época del “Proceso”, en tanto que el segundo tiene lugar en un futuro en el que unos reos actúan en una obra ambientada en el pasado.

*Un paseo con Gerónimo* comienza con una bruja y en *Nunca se sabe cómo empieza* la tríada Amanda-Liliana-Clara que acom-

pañña al protagonista recuerda a las clásicas Parcas o a las Nor-nas germánicas. En muchas charlas que compartimos discuti-mos –entre otras cosas– acerca de la importancia de la figura femenina en la literatura medieval. En mis propios cuentos, la aparición de la Vieja también es importante y –como en la obra de Barbieri– representa más el tiempo y el destino en relación con el Otro Mundo que el concepto de la muerte. Quién le prestó un personaje o una idea a quién es algo tan difícil de precisar como si se tratara de un episodio de alguno de sus relatos.

En el corolario de *Un paseo* y en el final de *Nunca se sabe* aparece, como elemento en común, una montaña.

Con Barbieri sosteníamos que, en definitiva, un escritor escribe siempre el mismo cuento. Acaso sea cierto y tal vez, en última instancia, todos los relatos no sean sino uno solo.

Por lo pronto, *Nunca se sabe cómo empieza* apareció en el número 5 de “Nuevomundo”, bajo ese título, y en el número 7 se publicó *Fuera de vuelta* como continuación. En esta edición se lo integra en un solo relato. Originalmente, Barbieri pensaba incluirlo en un volumen de cuentos que se llamaría *Mataderos*, donde recuerdos de su infancia en ese barrio servirían de fundamento para distintas historias de ciencia ficción.

La presente versión de *Un paseo*, a su vez, es una reedición de la publicada en 1993, en colaboración con Milenio 3, de Enrique Canteros. Vaya pues esta edición también en su memoria y homenaje por parte del último de *los tres tristes tigres*.

Santiago Oviedo, abril de 2006.

## A PROPÓSITO DE DANIEL BARBIERI

Cualquier aproximación a una novela lleva implícita el intento de descifrar el pensamiento del escritor. No cabe duda de que toda lectura es subjetiva, más allá de la rigurosa objetividad con la que se la quiso abordar. Tal vez la compulsión de inagotables lecturas establezca un válido nexo con la obra creativa. De allí la afirmación de que frente a la Gioconda depositamos todas las miradas que nos precedieron.

Una novela es autosuficiente por sí misma, pero la frecuentación de otros trabajos del autor ayudará a su análisis. *Domún* comienza describiendo un planeta altamente tecnificado; por ejemplo, el teletransporte transforma la materia en cuasifotones codificados que viajan a la velocidad de la luz para luego ser decodificados y rematerializados. Pero éste es un mundo aburrido, injusto y cruel. Aquí no se han cumplido los prodigios humanísticos de la ciencia y de la tecnología que enumeraba Ludwig von Bertalanffy en su *Teoría general de los sistemas*. En *Domún* triunfa el Mal encarnado en un autoritarismo ferozmente represor que controla toda la población por intermedio de la cibernética.

En una narración de 1983, *Vida artificial*, Daniel Barbieri también pergeña un mundo informatizado, a tal extremo que, cuando el protagonista parece ser el único sobreviviente después de un bombardeo neutrónico, sigue respetando las normas sociales porque si no obedece puede resultarle fatal. En este cuento (2º premio "Más Allá"), la sistematización está expuesta con una lógica impecable y convincente. Hace honor a la célebre definición del género de la escritora inglesa Judith Merril: "es la literatura de la imaginación disciplinada" y a los propios puntos de vista que Barbieri explicitó en la revista "Fierro", nº 32: "La diferencia definitorio está dada por (...) la limitación del desarrollo a los criterios de verosimilitud derivados de alguna construcción epistemológica".

Nuestro autor no es nada optimista respecto al hombre y a la civilización por él gestada. En *Domún* un resplandor liquida a los sobrevivientes de la raza humana. *Él vendrá por mí a medianoche* es una atroz historia de humillación, sevicia y un no disimulado masoquismo por parte del personaje principal, al que acosa una especie de demonio. En *Un paseo con Gerónimo*, el filósofo fracasado comenta: “Si hay un Dios, en algún sentido de la palabra, es algo externo y aleatorio, tanto respecto al universo como a la especie humana, no interviene necesariamente en el devenir de nuestras vidas. En cambio, el Diablo parece algo más cercano a nosotros, más humano”.

Otra constante en Barbieri es su no estricto encasillamiento en la fantaciencia. *Él vendrá por mí a medianoche* está más próximo a la literatura fantástica que a la anticipatoria, ya que en última instancia en el lector surge la duda sobre si lo sucedido fue una alucinación del protagonista —el relato transcurre en el consultorio de un psicólogo— o si se trata de un suceso sobrenatural. La sesión de terapia ocurre en el año 1996 y esta fecha es la única alusión al futuro.

Por supuesto que hoy el término *ciencia ficción* no tiene la precisión que poseía antes de la década del sesenta, cuando irrumpe la Nueva Ola inglesa con la revista “New Worlds”, bajo la dirección de Michael Moorcock y con nombres importantes como Brian Aldiss, John Brunner y J. G. Ballard. Este último reclama una ficción hipotética más introspectiva e intimista, que explore los paisajes anímicos, los mundos interiores lógicamente habitables.

Así, *Postdata* se define desde el epígrafe de Borges y, además, despliega resonancias cortazarianas. El cuento propone una meditación sobre el tiempo a través de la conversación de dos amigos: “El tiempo parece una ilusión”, dice uno de ellos. Y reflexiona sobre el desastroso desarrollo de la historia argentina y mundial: “...llegó a la conclusión que la historia acontecida no era la mejor historia posible (...) era, a lo sumo, un curso secundario y tortuoso, como esos pantanos que se bifurcan de la corriente principal en un delta vasto”. El citado filósofo de *Un*

*paseo con Gerónimo* (1er premio “Más Allá” 1985) sentencia: “Este momento que compartimos en el Tortoni, este café que bebemos, estas palabras que digo, ya ocurrieron y volverán a ocurrir infinitas veces”. Las cuestiones del tiempo en sí y de éste en cuanto proceso histórico son preocupaciones constantes en Barbieri. En 1989 recibió el premio “Más Allá” en el rubro “Ensayo” por los artículos *Dalghren: la tensión sobre los límites y Misisipia o los vientos de la historia*, este último sobre la ucronía, es decir, la especulación sobre el posible curso de los acontecimientos de haberse producido un cambio sustancial en la historia real (p.ej., si la Alemania nazi hubiese ganado la guerra, como imagina P. K. Dick en *El hombre en el castillo*).

Daniel Barbieri es un precursor en ideas y planteos. *Nunca se sabe cómo empieza* narra una extraña anécdota que admite varias interpretaciones. Un personaje retorna al pasado y en él recuerda un hecho del futuro. Este acontecer por momentos repetitivo y a la vez cambiante (las acciones se reiteran, pero siempre con modificaciones), en el que constantemente se está filmando una película, puede simbolizar un universo donde a los pobres seres humanos les tocaría ser actores cinematográficos. Ello trae a la memoria el cuento *Los mil cortes*, de Ian Watson, que narra cómo los hombres se convierten en protagonistas de una cosmogonía fílmica. Pero Daniel Barbieri escribió su relato en 1976, mientras que Watson publicó el suyo en 1982. Esto no significa que el escritor inglés haya plagiado a nuestro amigo, pues el cuento de Barbieri salió a luz sólo en 1984, pero sí indica que ambos narradores participan de un sentimiento común que refleja no sólo la influencia de los medios audiovisuales en nuestra representación del mundo, sino cómo esta cosmovisión se nos ofrece fragmentada, resbaladiza e inasible.

Lo mismo ocurre en *Un paseo con Gerónimo*. Este personaje es un fantasma que en uno de sus recorridos por la ciudad se encuentra con otro aparecido. *Ghost* (“La sombra del amor”), el bello filme de Jerry Zucker, presenta personajes que vuelven de la muerte y se relacionan.

Comentario aparte merece el aspecto formal de nuestro narrador. Su estilo es conciso y austero, sin ornatos, pero muy funcional para gestar suspenso mediante la concatenación de escenas. Barbieri forja tramas desbordantes de inventiva que salpica con sorpresas y desenlaces inesperados que mantienen encendido el interés del lector.

Un rasgo que siempre introduce es la connotación política. En sus *Tesis para una nueva literatura fantástica nacional* sostiene: “Como alguna vez dijo un gran autor (P. K. Dick) la verdadera función del escritor es ser la voz de los que no tienen voz”. Y más adelante agrega: “Mucho más importante es la capacidad imaginativa y aún más el talento de comunicar mensajes que lleguen al pueblo lector, por ser el reflejo transfigurado, extrapolado, de lo que ese mismo pueblo siente y no puede decir”. *Nunca se sabe cómo empieza* se inicia con la represión de una huelga; luego se tortura en una comisaría. *Él vendrá por mí a medianoche* refiere el golpe militar del trágico “Proceso”. En *Un paseo con Gerónimo* el drama de los desaparecidos suscita delirios como el del pensionista que abarrota su pieza de puertas “para que les sea difícil entrar cuando vengan a buscarme”. Sin embargo, es en *Domún* donde sus inquietudes políticas se tornan más explícitas. La novela habla de subversivos que luchan contra el poder colonial y son llamados “podridistas” por su vocación a “que se pudra todo”. Hay ironías despiadadas contra las jerarquías militar, eclesiástica y gremial, y numerosos guiños a la actualidad política argentina. No escapa a esta burla el ámbito judicial, que el autor conoce tan bien como abogado, pero alivia esta visión poco alentadora del futuro recurriendo al humor. Y nombra una insólita publicación de ese entonces: la “Revista del Derecho Represivo”, con artículos como *Nueva ciencia de la indagatoria* o *El criminal subversivo frente a la tortura científica*. Asimismo, según la jurisprudencia, el ejercicio legítimo del derecho de huelga “sólo es tal cuando el trabajador autónomamente persigue el cobro de salarios atrasados en no menos de seis (6) meses y siempre que antes de

ejercerse sea sometido al permiso de autoridad competente y a la comisión de arbitraje obligatorio”.

En síntesis, en este problemático siglo XXIII de *Domún*, hasta será difícil suicidarse, porque la invasión de la intimidad por la cibernética registrará todos los movimientos de los ciudadanos, incluso con psicodiagnósticos permanentes realizados por computadoras domésticas. Es imposible no evocar *Nosotros*, de Yevgueni Zamiatin, en cuya sociedad las viviendas eran de cristal, para permitir que la población fuese acechada por guardianes.

En verdad, si el hombre y la civilización llegan a este punto, resulta saludable que *Domún* desaparezca. Pero Daniel Barbieri no ha perdido la esperanza, y como buen *fanzineroso* —esa nueva raza nacida en la Argentina— apela a la poesía y propone que los denominados “globos” de *Domún* —esas “meras formas de luz”, destellos “de un tiempo fantasmal, proyecciones de nuestro inconsciente”— mutan en “una raza fuerte y adulta”, pletórica de “energía y de algo así como la alegría de vivir”. En definitiva, el autor cree en los sueños utópicos del hombre, en sus anhelos de amor y de belleza. O sea, en los valores de un humanismo que aún no ha logrado plasmarse.

Hemingway dijo que había aprendido a escribir en el Louvre. Estudiando los procedimientos plásticos que resumían una escena o un perfil psicológico dentro de los límites de un cuadro, logró plasmar luego en breves trazos ambientes y personajes inolvidables.

Barbieri escribió *Un paseo con Gerónimo* a partir de las pinturas del Bosco que vio en el Museo del Prado. Esa pista la deslizó en el epígrafe de la *nouvelle*, con una cita del Diccionario Enciclopédico Mexicano sobre el célebre artista holandés. Más aún, el protagonista Gerónimo Hanken se llama igual que el Bosco (Jeroen van Aeken, Aquen o Aken, conocido como “Bosch”, 1460-1516). Las representaciones del infierno del genial pintor —basadas en las imágenes fantasmagóricas que despedían los hornos de vidrio de su ciudad natal de Hertegenbosch— inspira-

ron a Barbieri esas terroríficas escenas infernales del aparato represivo que funcionó en el país durante el “Proceso”.

Conste que Barbieri –salvo en el epígrafe y en el tramo final que menciona la comisión investigadora de la OEA sobre la violación de los derechos humanos– sólo alude indirectamente a la tortura y a la represión por comentarios de Gerónimo (“hay quien se diluye en la nada ayudado por cinco matones”; “mi cuerpo es algo ajeno y lejano, una cosa en la que el orgasmo se asemeja a un leve toque eléctrico, a un suave golpe de picana”).

Uno de los encantos del relato reside en la caracterización de Gerónimo, que es un aparecido y no un fantasma. Barbieri enumera los pormenores de su invisibilidad y de su facultad para atravesar objetos. Pero los pasajes más cálidos son aquellos en los que detalla las tribulaciones que debe afrontar para solucionar problemas cotidianos (dormir, bañarse, procurarse ropa y comida). Hasta dialoga con el lector y le confiesa: “Si usted, viajando solo a medianoche, presintió que en el asiento de atrás había alguien, pero al darse vuelta sólo vio un asiento, el que estaba ahí era yo. O algún otro como yo, pues somos legión”. Curiosamente, en este particular regreso de la muerte es cuando Gerónimo está más conectado con la vida y se deja llevar por el fluir del tiempo.

Gerónimo vuelve para vengarse. Es inflexible y cruel con los sobrevivientes del “Proceso”. Para él es falsa la antinomia “culpables-inocentes”; sólo hay culpables hasta que se convierten en víctimas. Él mismo se considera culpable por omisión.

En este desenlace el autor expresa toda su desesperanza. Porque en las conversaciones mantenidas con el filósofo, éste sentencia que el número de partículas que componen el Universo es inmenso pero finito. En cambio, Gerónimo hace un atentado terrorista como un gesto simbólico, porque ha llegado a la conclusión de que el infierno no tiene fin y de que el único responsable de su existencia “es el Señor de Arriba”.

*Un paseo con Gerónimo* es una de las pinturas más descaradas y crudas realizadas sobre la pesadilla alucinatoria que fue

el “Proceso”. Su mayor mérito consiste en haber enfocado el autoritarismo represor no a la luz del sufrimiento físico sino a través del desgarramiento moral, de la atroz quiebra espiritual que desencadena. En tal sentido, la *nouvelle* es un testimonio literario insoslayable.

Germán Cáceres, 1991



## NOTA A LA TERCERA EDICIÓN

Hace años que esta narración es inhallable y nunca fue distribuida regularmente. Ahora otros amigos disponen editarla en un libro separado, honor que me obliga a introducir cambios y agregados.

Los cambios son correcciones de estilo: tarea interminable para mí, facilitada en este caso por la generosa ayuda de Tarik Carson, Elvira Ibargüen y Marcial Souto. Conste mi agradecimiento.

Los agregados son accesorios. No pude eludir la tentación dantesca: ilustrar con un poema (*No un tren cualquiera*) el pórtico de la condena y, luego de cumplida la pena y purgado el rencor, redimir al condenado. La narración en sí transcurre durante el año 1979. El corolario (*La otra ribera*), nueve años después, y es otro cuento. Como tal fue publicado, sin corregir, en la revista "Axxón", nº 8 (mayo de 1990). Espero que me perdonen por comprobar una vez más que el paraíso (o lo que fuera) es algo soso después de transitar el infierno y el purgatorio (o lo que fueren).

Como es de rigor sólo los lectores decidirán con cada lectura si Gerónimo merece seguir reviviendo.

Daniel Barbieri, invierno de 1991



# **Un paseo con Gerónimo**



## NO UN TREN CUALQUIERA

Es un retorcerse la vida,  
quebrada por golpes detenidos en el aire  
un milímetro antes, no más,  
hasta que llegan  
y te acaban.

Es un tren subterráneo  
donde se asesina a los pasajeros  
bajo las órdenes de un señor alto,  
bien vestido, de anteojos negros;  
y los pasajeros se retuercen  
para esquivar los cachiporrazos;  
se retuercen lo justo,  
el milímetro necesario, no más,  
hasta que el tren llega a destino  
y algunos bajan con el pasaje pagado en *retorcijones*,  
mientras que otros no, porque les falló  
el milímetro justo  
y quedan tirados en el piso mugroso  
recibiendo todavía más golpes  
por no haberse retorcido lo justo,  
lo necesario;  
por no querer seguir la onda  
del retorcimiento;  
por orgullo, por fiaca, por locura  
quedan tirados en el piso sucio de mil pisadas,  
los dientes rotos, los ojos reventados,  
la mano aferrada a la manija  
que tal vez los llevara a la salida.  
Los locos también, sí, también quedan  
pero sus cuerpos arrastrados  
tienen un no sé qué yacente de baile,

en sus dientes rotos hay una sonrisa,  
en sus ojos hechos bolsas una esperanza,  
y sus manos están libres, abiertas,  
no para aferrarse  
sino para ofrecerse.

Buenos Aires, 1978

# GERÓNIMO

“...Para esconder la falta,  
con todos los medios de terror,  
necesitaban hacer de modo que la gente  
se olvidara de juzgar y de pensar,  
y forzarlos a ver aquello que no existía  
y demostrar lo contrario de lo evidente”.  
(Boris Pasternak, *El Doctor Zhivago*, XVI, 2)

“Bosch, Jerónimo (Jerónimo van Aeken,  
Aquen o Aken, llamado ‘Bosch’ o ‘El Bosco’)  
(1460-1516?). Pintor, escultor y grabador flamenco.  
En sus cuadros resucitó el simbolismo  
de la Edad Media con toda crudeza realista.  
Son famosas sus obras sobre tormentos de infierno”.  
(*Diccionario Enciclopédico Mexicano*, México DF, 1978)

“Hanken, Gerónimo (1951-1978?).  
Nacido en Buenos Aires, Argentina,  
cursó estudios de derecho en la UBA,  
interrumpiéndolos en 1972, cuando fallecieron sus padres.  
Luego se desempeñó como empleado bancario.  
En julio de 1978, ante una denuncia de sus parientes,  
una breve investigación policial constató  
que no estaba detenido, que había desaparecido  
de todos los lugares que solía frecuentar  
y que se ignoraba su paradero”.  
(Ficha obrante en los archivos de la ONU,  
Comisión de Derechos Humanos)

Rojos, violetas y azules mezclándose en un humo turbio; una luz brillante y el furioso deseo de volver.

Gerónimo apareció en un basural pantanoso, viendo corretear las ratas entre montones de desperdicios, chapoteando en las aguas estancadas y perdiéndose en grumos de niebla. Arriba brillaba una luna de yeso húmedo y la claridad que esparcía era

digna de espanto. Caminó sin dirección definida por donde el terreno parecía más firme, aunque se sentía tan liviano y despojado que le parecía inimaginable tropezar o sumergirse en una charca. Detrás de una loma vio el resplandor de un fuego, subió sin dificultad esa elevación que era apenas un montón más de basura y tierra apelmazadas por el tiempo.

Junto al fuego estaba acucillado un viejito que sostenía las solapas de un sobretodo negro y raído. El viejo lo miró como si lo esperara; Gerónimo mantuvo esa mirada, notando a la vez que el viejo tenía el pelo desordenado y pegoteado por la mugre. “Un ciruja”, pensó, cuando el sujeto sonrió mostrando una dentadura demasiado perfecta para ser natural.

—Dígame, don —preguntó Gerónimo—. ¿Cómo tengo que hacer para salir de este basural?

—Si me da un peso yo le muestro el camino —chilló el ciruja.

Gerónimo no pensó para qué podía servirle al viejo una moneda ya sin valor. La escupió directamente a las manos del linyera, y éste, contento como una bruja en sábado, lo condujo por un sendero retorcido y borroso. Gerónimo lo siguió desmañadamente, como quien se deja llevar por un bote río abajo.

Llegaron a una tapera hecha con latas, maderas y bolsas de arpillera. Adentro, bajo la luz de una lámpara de queroseno, una vieja trenzaba tiras de plástico, de esas que se obtienen cortando las bolsas de leche. El resplandor amarillento de la lámpara le daba a la vieja un aspecto de momia, pero de una momia viva y ágil.

—Así que se te han cortado los cables —graznó la tejedora, sin dejar de manipular sus tientos de plástico—. A buena puerta viniste a tocar, m'hijo. Yo sé coser, anudar y tejer de todo. Cables pelados también. ¡Ja!, ¿y por qué no? A veces también los cables gruesos se cortan, o los cortan antes de tiempo. Yo sé cortar lo unido, pero también sé unir lo cortado...

La vieja siguió murmurando mientras daba los últimos toques a la sogá que había trenzado con tiras de plástico. Gerónimo esperaba en silencio, sin saber qué hacer.

## Un paseo

Me encuentro, sin saber cómo, viajando en un colectivo de media distancia, creo que el 136, bamboleante, oscuro y con media docena de pasajeros dormidos; tanteo el bolsillo derecho de mi saco y encuentro las monedas exactas que necesito para pagar el transbordo que debo hacer en Caballito. Los resbalosos carretes de mí memoria me dicen que salgo de una pesadilla, de algo que se borra aceleradamente en el pasado, hechos que deseo a la vez olvidar y conservar.

Todavía es de noche cuando llego a la casa de mis tíos, donde alquilo una habitación desde la muerte de mis padres. Voy a mi pieza; todo parece estar igual salvo alguna que otra cosa sin importancia como un cenicero o un pisapapeles colocado fuera del lugar que yo inconscientemente le asigno y que mi tía en sus diarias limpiezas se empeña en cambiar. Reordeno rutinariamente los objetos y luego me tiro en la cama vestido, a esperar la hora del desayuno. Ignoro cuánto tiempo ha pasado desde que estuve por última vez en este cuarto, y mi memoria ya ha borrado todo el periodo que necesitaba borrar, salvo algunos hechos esenciales que quedan en reserva.

Cuando sale el sol, mi tía se levanta para preparar el desayuno; yo estoy esperándola en el medio de la cocina. Ella pasa a través de mí.

No voy a contar la desesperación por comunicarme con mis tíos, demás parientes, amigos y conocidos; basta decir que no hay medio alguno: no sirven los gritos ni los susurros, ni señas ni ademanes; mis manos se desvanecen al tocar y para los demás –para los demás que alguna vez me trataron– soy totalmente inasible, invisible e inaudible. Pero no totalmente ineficaz.

–¡Qué raro! –exclama mi tía al entrar en mi cuarto, luego de desayunar–. Parece como si Gino hubiera andado por acá.

–No digas pavadas, vieja –contesta el tío.

Eso fue lo máximo que pude obtener en esta mañana miserable, para colmo nublada y ventosa. Me creo un fantasma; me lanzo a correr por las calles del barrio, desesperado, rabioso, inconsolable, pasando a través de los escasos transeúntes. Hasta que, sin darme cuenta, después de correr muchas cuadras, me hallo en una calle que me es totalmente desconocida, donde seguramente nunca había estado antes. Allí, caminando despacio para recuperar el aliento, me llevo por delante a un sujeto gordo, que ni siquiera había tratado de esquivar, y voy de rebote al suelo. Me sorprende tanto a causa de mi súbita materialidad que, en vez de pedir disculpas al embestido, le doy las gracias.

Descubro, pues, que el fenómeno que me afecta tiene sus reglas y limitaciones. Hay importantes diferencias entre un fantasma y un aparecido. Pero me estoy apresurando; me urge el deseo de olvidar. El descubrimiento no fue sencillo, ya que antes de tropezar con ese gordo literalmente atravesé a mucha gente, intenté hablar con cuanto vecino o conocido se me cruzaba, probé usar el teléfono. Nada. Sólo al hallarme en una zona totalmente infrecuente para mí y con gente totalmente desconocida soy otra vez normal, me *aparezco* a los demás. Retrocedo sobre mis pasos hasta hallar un paraje conocido, palmoteo a una señora que pasa con una bolsa de compras, le grito al oído, vuelvo a ser inadvertido. Sigo a la mujer a lo largo de un centenar de metros; cuando se detiene para abrir una puerta, le pregunto la hora. “Las doce y media”, me contesta un tanto sorprendida por no haberme visto llegar.

Nervioso y hambriento —con un hambre material y urgente— entro a la pizzería que está en la esquina de la casa de mis tíos. Me ubico en la mesa situada al lado de la escalera que lleva a los baños, pues es la mesa que suele ser la última en ocuparse. Obviamente mis gestos y gritos dirigidos al mozo son inútiles, no encuentro la forma de pedir comida y mi preocupación aumenta igual que mi hambre. Maquinalmente hago tamborilear mis dedos sobre la mesa, hasta que advierto que los dedos me duelen y

que el tamborileo es oído por los demás. Intento entonces llamar al mozo golpeando la mesa con fuerza. Ninguna reacción. Pero recuerdo que había logrado reacomodar las cosas de mi cuarto sin inconvenientes, ya que éstos comenzaron sólo cuando intenté comunicarme con mis tíos o con otra gente. La conclusión lógica es que está a mi alcance mover cosas, siempre refiriéndome a los lugares donde paso inadvertido, en tanto que no intento comunicarme.

El hambre me hace dejar de lado los escrúpulos; no tengo tiempo de ir a buscar dinero y no tengo ni un centavo en los bolsillos. No bien el mozo se detiene en una masa cercana, arrebató de la bandeja un par de porciones de *pizza* y las devoro como un lobo. Ya me ocuparé luego de pagarlas.

Durante las primeras semanas vivo como un merodeador aturdido y confuso; sin decidir qué hacer con mi vida o, mejor dicho, con mi sobrevivencia. Por una parte, un oscuro impulso me impide alejarme de los lugares conocidos; por otra, deseo reubicarme, olvidar todo, irme lejos y empezar de nuevo.

Pero es un sentimiento que está en mí desde el principio de esta situación, aunque escondido como una semilla bajo tierra, lo que en definitiva determina mi conducta futura: una mezcla de odio, deseo de venganza y maldad, tan homogéneamente unidos como un café con leche.

Por de pronto tengo que atender muy evidentes necesidades prácticas. Además de comer debo bañarme, cambiarme de ropa, dormir, afeitarme... Lo más natural es usar la casa de mis tíos, pero resulta muy inconveniente estar en el baño haciendo mis necesidades y encontrarme con que, de pronto, entra mi tío para hacer lo mismo. Así que me acostumbro a usar los baños de la pizzería, donde descubro que allí se prepara la mierda más caliente de Buenos Aires, pues los baños están justito encima de los hornos pizzeros y las inestimables calorías se transmiten por los techos y cañerías hasta los retretes. Un ambiente muy acogedor.

Para afeitarme simplemente extraigo los implementos del quiosco vecino a la pizzería y los guardo en un estuche que cabe en el bolsillo de mi saco; no los dejo en los baños de la pizzería porque allí se los puede llevar cualquiera y resulta incómodo renovar una y otra vez el equipo.

Un problema que en principio me parece insoluble es el de la ropa. Puedo ducharme mientras mis tíos duermen, pero debo sacar la ropa limpia del *placard* donde mi tía la deja cuidadosamente guardada. Tarde o temprano mi tía notará la falta y se dará un tremendo susto, cosa que puede suceder pronto, pues sólo cuento con tres mudas. Es cuestión de pensar un poco. Por el momento sólo necesito camisas, medias y ropa interior; las que tengo son de marca ordinaria y fácilmente confundibles; cerca hay una tienda y una lavandería.

Hasta este momento me he comportado —estúpidamente— como un honesto ciudadano metido en problemas poco ordinarios. He buscado cierto dinero que guardaba entre mis libros como reserva y con él pago rigurosamente lo que consumo en la pizzería o lo que retiro del quiosco, mediante el procedimiento de depositar el dinero en la caja o colocarlo en algún lugar al alcance del vendedor. Pero, ¿por qué carajo tengo que comportarme como un honesto ciudadano? ¿Acaso toda esa buena gente hizo algo por mí cuando los necesité? No. Para ellos fue algo así como si viniera una cuadrilla municipal a romper la vereda. “¡Qué barbaridad! ¿Vio?”. Un momento de preocupación, otro de fastidio, y Gino quedó archivado en el pasado. Por lo tanto yo archivo (algo tengo que archivar) esa estúpida costumbre de pagar.

Voy a la tienda y saco ropa de mi talla en cantidad suficiente; luego tiro la mía en un rincón. Algunos comerciantes del barrio darán por desaparecida una pequeña parte de sus ganancias. ¡Qué barbaridad! ¿No?

Éste es el comienzo. A modestos comienzos, grandes finales.

Queda el problema consistente en dónde dormir. La nebulosa mental que me aqueja durante estos primeros días me impide

pensar en otro lugar que en mi cama. Pero he aquí otra vez el mismo inconveniente: mi tía. No quiero darle un susto, y eso bien puede suceder si halla una mañana mi cama revuelta.

Puedo dormir sobre una mesa de billar del bar Torbellino, que cierra su salón de juego a las dos de la mañana.

Cuando se retiran los últimos billaristas y los empleados del bar terminan de limpiar, acomodo unos almohadones de las butacas sobre una mesa de billar y, muerto de cansancio, me tiendo sobre el paño.

Me acuesto vestido, salvo el saco que uso para cubrirme, y tan fatigado y aburrido por la espera previa que me duermo enseguida.

El despertar resulta brusco. Entran los empleados de la mañana cuando aún no ha amanecido, hacen ruidos y encienden las luces sin consideración alguna (¿hacia quién?).

Me siento pegajoso, dolorido y entumecido. Haciendo un esfuerzo me levanto y siento crecer dentro de mí una bronca ciega, sorda y muda. Voy hacia ese cuartito con un caballero dibujado en la puerta rumiando pensamientos vengativos. Sigo madurando mi enojo mientras voy al mostrador y me sirvo una taza de café negro y rebosante directamente de la máquina que alguien ha encendido. Taza en mano y ya con la lucecita sulfurosa en el cerebro me sirvo un puñado de medialunas del canastón que en ese momento traen de la panadería. Con la panza llena y calentita, totalmente despierto, pongo manos a la obra.

Uno de los mozos es un español cejijunto y cariacontecido (tiene los dientes negros y corroídos); haciendo gala de admirable pinta de bruto voltea las sillas puestas patas arriba sobre las mesas y las coloca en el suelo con un solo movimiento. Lo observo con cuidado, calculo bien la distancia, y capturo una silla en el aire. Cuando el pelmazo pierde el equilibrio lo ayudo mediante un leve empujón a que se incruste de boca contra el duro borde de la silla.

Me detengo un minuto a contemplar los resultados de mi obra, hasta que me fastidio de escuchar lamentos y maldiciones.

Además, falta el otro mozo. Es un morochito alto, flaco y de expresión desdeñosa. Viene corriendo a ver qué le había pasado a su quejoso compañero. Lo ayuda a levantarse y se propone llevarlo a los baños para que se lave la boca lastimada. Ligerero y más contento que una liebre en campo abierto voy hacia la máquina de café *express*, lleno una taza de agua bien caliente y los acompaño. El morocho, luego de ayudar a su compañero, se está lavando y peinando; aprovecho para derramar la taza de agua caliente sobre la cabeza crinuda. El resultado no es tan espectacular como yo quería, ya que el agua no llega a estar hirviendo: el morocho se agarra la cabeza con más sorpresa que dolor. Insatisfecho, con un golpe seco lo hago caer de costado sobre la canaleta del orinal.

Descarto para siempre los billares y decido mudar mis aposentos a una colchonería. Se trata de un negocio grande que vende colchones, almohadas y frazadas del material sintético, ubicado a pocas cuadras de la casa de mis tíos. El horario de trabajo, en días de semana, es bastante razonable para mis necesidades: el negocio está abierto entre las nueve de la mañana y las nueve de la noche, lo que me otorga las restantes doce horas para repantigarme a gusto, con la posibilidad de cenar y desayunar en horarios adecuados.

El amplio local no tiene guardián nocturno y sí un baño bien instalado, con calefón y bañadera. Para no correr el riesgo de sufrir hambre durante esas doce horas de encierro, llevo conmigo alfajores y chocolates sacados de un quiosco o del negocio Bonafide cercano.

Durante las primeras noches lamento la ausencia de una taza de café o de té para bajar la comida y los dulces. Así que busco un termo de calidad en el comercio de las solteronas Amelia y Mariquita y –después de cenar– lo lleno con agua caliente en el bar; antes de acostarme voy al mismo Bonafide donde me proveo de dulces y saco un paquete de té en bolsitas y un frasco de café instantáneo. En la colchonería hay una pe-

queña trastienda que oficia de despacho del gerente; allí, en un archivero, sé que hay vasos y cucharitas. No puedo decir que me falte nada.

Me preocupo, eso sí, de esconder mis provisiones dentro de un panel de iluminación en desuso, ya que sería muy molesto que los vendedores las encontraran durante el día y que yo las extrañara a la noche.

A lo largo de una semana sólo tengo la necesidad apremiante de dormir y dormir. Al menos diez horas por noche.

Después empiezo a sufrir insomnio y no puedo remediarlo leyendo, pues, si bien es sencillo conseguirme libros y revistas en cualquier puesto, en la colchonería no hay nada que pueda servirme de velador. Prender las luces generales resultaría alarmante o demasiado llamativo. Soluciono el problema apoltronándome en la trastienda, que no es visible desde el exterior. El gerente sólo notará un leve incremento en su boleta de luz, si es que lo nota.

Descubro que, cuando no es posible dormir ni leer, no hay peor remedio para el insomnio que contar colchones y almohadas.

Durante las horas del día vago como un sonámbulo, o me siento en un banco de plaza dejando resbalar las horas.

Sin decidirlo deliberadamente, camino por lugares que conozco de antaño y los veo con otros ojos. O me dejo estar en un café, en una librería de viejo, en la escuela primaria, en el club social y deportivo... Tal vez un marco monótono de cosas vulgares me haga sentir, nuevamente, uno más. Pero es inútil, pues sigo incomunicado; nadie puede pedir mi opinión sobre el estado del tiempo, sobre un jugador de fútbol o sobre un libro. Los paseos me permiten, sí, enterarme de pequeñas novedades que en otra época me hubiesen parecido importantes: mi ex novia se ha casado, un amigo perdió una pierna en un accidente de tránsito, un sujeto con fama de tonto ha ganado un torneo de ajedrez en el club...

Mi desarraigo se alivia un poco en los cines. Metido en una sala oscura y semivacía puedo olvidarme un poco de mí mismo y sentirme un tipo ordinario, normal. Sin embargo, aun esta ilusión puede acabarse bruscamente si un espectador cualquiera, y por ende ignorante de mi condición, tiene la ocurrencia de ocupar la misma butaca que yo estoy usando.

Me acostumbro a ceder siempre el asiento, o bien a tratar de ubicarme en los lugares poco deseados como las primeras y últimas filas, o en algún sector no habilitado para la función a la que asisto, sea un palco o una bandeja del *superpullman*. Estas precauciones excesivas y sitios incómodos van deteriorando la ilusión provocada por el cine; poco a poco dejo de frecuentarlo y sólo asisto si me interesa mucho la película.

Camino a la colchonería debo recorrer una cuadra provista de altos y frondosos plátanos; observo que todos estos árboles —al parecer saludables y magníficos— son árboles torturados con insólita saña. La mayoría tiene sus gruesos troncos excavados por el fuego, algunos presentan el nacimiento de sus raíces cuidadosamente hachado, otros sufren un prolijo aro tallado profundamente en todo el ancho de la corteza. Pese a estas mutilaciones no mueren todavía; siguen verdeando dificultosamente. Sobreviven.

Días después me harto de comer *pizza* y postres. La necesidad de variar el menú me obliga a saquear una rosticería, donde ya solía proveerme cuando por una razón u otra no quería comer con mis tíos. Sin embargo sigue siendo desolador comer solo, en un banco de plaza o en la penumbra de la colchonería. Antes le tenía asco al pollo asado, ahora no. ¿Qué tiene de repugnante ir desgarrando un ave asada hasta llegar a sus huesos?

En el cuarto día, con mi pollo asado y empaquetado bajo el brazo, voy a comer con mis tíos. En la mesa de la cocina hay lugar para cuatro comensales y cuatro sillas se conservan en torno. Ocupo mi silla habitual y pongo el pollo sobre la mesa,

viendo a mis tíos seguir con sus movimientos rutinarios, ignorándome, en el más cabal sentido de la palabra.

Ordinariamente yo no les prestaba atención, salvo que fuera en referencia a la comida que me servían. La falta de diálogo era llenada por el arrastrante locutor de Radio Colonia, cuyo noticiero mi tía sintonizaba todos los mediodías con digno fervor. Le gustaban –le gustan– las noticias de crímenes y accidentes. Mi tío era –es– un tipo estrictamente miserable, y mi tía un caballo de noria con paciencia para aguantar todo tipo de miserias. Yo le pagaba a mi tío un alquiler razonable por la habitación que me cedía desde la muerte de mis padres; pero además contribuía proporcionalmente con los gastos de luz, gas y comida. Más de una vez mi tío intentó cobrarme parte de los impuestos municipales y tasas de agua, y me había costado mucho trabajo convencerlo de que mi presencia en la casa nada aumentaba esos tributos, y que lo mismo le cobrarían aunque no tuviese ningún pensionista. Para mi suerte la casa no tenía teléfono, porque de tenerlo me hubiese muerto de hambre a lo largo de mi primer año en el banco, cuando era un mero pinche y ganaba un sueldito mínimo; aun así, muchas veces tuve que omitir una comida para que mi esmirriado sueldo llegase a fin de mes o para no tener que ir caminando hasta el banco (cuatro kilómetros largos). Entonces calmaba mi estómago con aspirinas y mucha agua, salvo que mi tía me salvara con un pan emantecado, pasado a escondidas y al margen de las rigurosas cuentas de mi tío. También había sido mi tía –después me enteré– la que había buscado y pagado a un abogado para que denunciase mi brusca ausencia.

Todo esto pasa por mi memoria mientras veo a mi tío comer, cosa que siempre evitaba, por no ser un espectáculo agradable: come con la boca abierta, salpicando saliva y salsa, escupiendo los pedazos duros de carne correosa luego de chuparlos. Después junta todos los desperdicios en el plato de sopa, agregando trozos de pan duro, y coloca el plato en el suelo para alimentar a Bobi, el perro de la casa.

Ésa es la comida de Bobi, salvo que yo le compre un hueso con carne o lo dé algunas galletitas.

Por supuesto que siempre he detestado esa roñosa costumbre de mi tío, pero antes nunca pude hacer nada para cambiarla; él estaba en su casa y con su perro hacía lo que quería. Sin “peros” que valiesen.

En cambio ahora es distinto. Lo miro a Bobi y el perro me devuelve la mirada moviendo la cola. Lo acaricio. Para él sigo existiendo. Recuerdo que la mañana de mi aparición oí sus ladridos alegres en el patio, pero confundido y asustado como estaba no se me ocurrió reparar en ellos.

Corto un buen pedazo de carne de pollo, cuidando quitar el hueso, y se lo doy por abajo de la mesa. Acto seguido volteo el plato de sopa lleno de desperdicios sobre su dueño, mi tío.

Repito esta maniobra durante dos semanas completas.

Es el tiempo que me insume corregir la sucia costumbre del dueño de casa.

El primer sábado en la colchonería me trae un susto y un descubrimiento. Amodorrado por un solcito tibio de otoño y la monótona charla de los dependientes, me olvido de que a las 12:30 se cierra el negocio. A decir verdad, me olvido de que es sábado.

Consecuencia: despierto de mi modorra encerrado. No tengo llave de la cortina metálica y pasarme hasta el lunes a dieta de café y agua no es una perspectiva deseable. Subo al techo buscando un escape, pero hallo que es un poco alto y que las terrazas vecinas lo son mucho más aún. Pienso en tirarme a la calle; una caída de tres o cuatro metros. La vista de las duras baldosas me quita esa idea, pues invisibilidad no es invulnerabilidad. Bajo al salón y doy vueltas y más vueltas como un tigre enjaulado. Tanta energía motriz bien puede generar una idea, qué joder.

Sí. Los recuerdos se conectan y relacionan. En los lugares donde yo solía concurrir, ahora soy invisible e incorpóreo (los demás no me ven y pasan a través de mí); aunque las cosas

siguen siendo sólidas para mí (como, me acuesto, siento la solidez de las paredes al tacto). Pero a veces me sucede olvidarme de mí mismo, y cuando estoy distraído mi cuerpo también se desvanece para las cosas.

No bien se me ocurre esta idea, ya conozco el resultado.

Distraídamente estoy atravesando una pila de colchones.

El horror que me causa el descubrimiento deviene en una brusca reincorporación; los colchones saltan en todas direcciones como empujados por una explosión. Viejo Arquímedes, tenías razón.

Cuando no se es cuerpo ni siquiera para uno mismo, cuando uno ha desaparecido materialmente por completo, sólo queda algo así como una chispa. Una lucecita que dice "Yo soy", brillando a la altura de unos ojos que no son. Es como perderse en un sueño sin estar completamente dormido, conservando un poco de consciencia. No es agradable; es terrible. Sin otro remedio, salgo así de la colchonería.

Si usted, viajando solo a medianoche, presintió que en el asiento de atrás había alguien, pero al darse vuelta sólo vio un asiento, el que estaba ahí era yo. O algún otro como yo, pues somos legión.

Paso el resto del fin de semana en el vestíbulo de un hotel alojamiento, tirado sobre un amplio sofá. Sería más cómodo elegir una habitación, pero no estoy de ánimo para despertar en medio de un encuentro cuerpo a cuerpo.

El lunes a la mañana tengo tomada una resolución. Debo cambiar este nomadismo por una vida más reposada y vulgar, y bien que puedo hacerlo.

Voy al banco, ya cerrado al público y con los empleados alistándose para irse. Los cajeros cerrando sus cuentas y los oficinistas ordenando sus escritorios. Doy un leve vistazo al que había sido mi lugar de trabajo, sin nostalgia ni odio. Un lugar ajeno. Mi puesto ahora lo ocupa Galíndez, previo ascenso; para él significa

unos pesos más al mes, para mí la confirmación de que me han olvidado luego de compartir ocho horas diarias de trabajo durante siete años. ¿Acaso yo les debo algo? Por el contrario: Galíndez me debe el ascenso; los demás, el olvido.

Sería fácil limpiar la caja chica e irme lo más campante, jodiendo de por vida a todos los cajeros. No lo hago. Tal vez porque pienso que son mis compañeros de ausencia, sin saberlo; hay quien se diluye en la nada ayudado por cinco matones, y hay quienes lo hacen perdiéndose en la monotonía de una rutina insípida y de una jubilación que sorprende cuando llega, pues parece que el tiempo se hubiese desvanecido.

Inicio un hermoso fuego en el archivo del subsuelo, ayudado por un poco de aguarrás que hallo en el cuartito de la limpieza. Cuando empiezan los gritos subo a la planta principal con la botella de aguarrás en la mano y un bolso en la otra. Tomo todo el dinero que no está bajo llave, incluyendo una caja metálica llena de billetes de cincuenta mil, los más grandes en circulación. Suficiente, más que suficiente. Derramo el combustible sobre pilas de papeles y gasta otro fósforo. Nunca tan pequeña inversión (dos fósforos) dio tan abundantes dividendos.

Salgo despaciosamente con mi bolsa a cuestas, cruzo la Avenida de Mayo y desde la vereda opuesta, silbando bajito, veo arder el banco. “Mira Nero de Tarpeya a Roma cómo se ardía”, decía el viejo romance. “¡Nerón, qué grande sos!”, digo yo.

Mientras negras volutas se mezclan con el fuego y los cristales se rompen, mientras los despavoridos empleados huyen y el ulular de los bomberos se acerca y crece, hago mis cuentas y deduzco que me he cobrado con creces el dinero que el banco, ley por ley, me debía; tiempo de inactividad forzada, indemnizaciones por incapacidad, seguro de invalidez, aguinaldo y vacaciones proporcionales, y demás etcéteras.

Sumando rubro por rubro, a manera de último homenaje a mi antiguo trabajo bancario, ítem tras ítem, llego a la conclusión de que la suma retirada es correcta, cincuenta mil pesos ley más o menos. Para no perjudicar a nadie me abro paso entre bombe-

ros –invisible yo– y tiro a las llamas un billete verde de cincuenta mil pesos. El incendio va de yapa.

Y fue de yapa, nomás. Tiempo después me entero de que el desastre le sirvió al banco para ocultar un descomunal balurdo durante un tiempo. Un tiempo digno, porque igual se descubrió.

Pero el fuego alcanza también a un teatro de zarzuela vecino. Tarareando *La verbena de la paloma* me voy caminando hacia las agencias de cambio. Sarmiento y Reconquista nunca fue un lugar que soliera frecuentar, de manera que me materializo sin dificultades. En agencia tras agencia, moderadamente, voy cambiando billetes por monedas de oro. Nadie repara en mí: voy vestido de pulcro traje y cargando un portafolios que me procuré por el camino.

La ocurrencia de las monedas es genial. Valen varios billetes cada una, ocupan poco lugar, son fáciles de esconder, suben de precio gracias a la crisis del dólar y se canjean sencillamente.

Una vez terminados mis discretos pero numerosos trámites cambiarios tengo una linda bolsa de monedas refulgentes en mi portafolios, y aún mucho dinero en billetes pequeños.

Es el momento de pasar a la siguiente etapa de mi plan.

Me instalo en un copetudo y amplio bar de la Avenida Córdoba y pongo el “Clarín” de la mañana sobre la mesa. Pido el cóctel más caro de la lista y dedico mi atención a la lista de hoteles, pensiones e inquilinatos. Sólo en un lugar de mala muerte y triste vida puedo pasar imperceptible.

San Telmo. En ese barrio derruido, tan cercano al Centro, está la solución; no lo conozco, pero sé que en él los conventillos brotan como hongos venenosos.

Anoto unas cuantas direcciones y bebo mi cóctel caro. Tiene un sabor repugnante.

A pocas cuadras del Parque Lezama, aquel de Martín y Alejandra, alquilo una piecita aceptable perteneciente a un edificio vergonzoso. Y aquí estoy, en mi pieza de conventillo, transformado

en un supuesto representante comercial de una ignota editorial de enciclopedias.

Esta mañana salgo “a buscar mi equipaje”, o sea, de compras.

Primero una valija, luego ropa interior, camisas, pañuelos, pulóveres, una afeitadora eléctrica, una tijera para uñas, otro traje, una campera, medias... La lista se hace interminable. Vivir solo requiere mucha organización y medios, y yo carezco de experiencia pues en realidad siempre tuve alguien que se ocupara de esa infraestructura necesaria; primero mi madre y luego mi tía.

El cuarto me cuesta, por ahora, ciento cincuenta mil pesos mensuales. Mide tres por tres. Tiene el notable privilegio –dentro del estatus conventillista– de contar con baño privado: inodoro sarroso, pequeño lavamanos, ducha sin bañera y calefón de alcohol. El piso es de listones de madera que se comban bajo mis pisadas y rechinan como un viejo reumático. La pintura de las paredes está descascarado; el antiguo yeso del cielo raso tiene grandes agujeros por los que se ve el maderamen del techo. No hay ventana, pero sí una puerta antigua, de dos hojas y con vidrios floreados, por los que pasa la luz del patio. Cuento con una cama desnivelada y medanosa, tal vez a causa de los muchos y variados cuerpos que cobijó; también con un ropero estrecho y alto, y –lo que más me gusta– esta mesita *secrétaire* sobre la cual escribo. Tiene dos cajones alfombrados por dentro con papel de envolver y anaqueles encima de la tabla pensados para poner cartas, papeles o útiles de escritorio. Imagino que es el resto náufrago de alguna oficina de los años veinte, o quizá el mismísimo escritorio de Bartleby. Cuando abro sus cajones siento un perfume agradable, mezcla de lavanda, resina y naftalina. No es exagerado decir que alquilé la pieza a causa de esta mesita.

Por supuesto, no tengo teléfono; dependo del teléfono público instalado en el bar Saturno. Esta tarde me dedicaré a estudiar el diario y a escribir a empresas pidiendo folletos. Debo recibir correspondencia comercial (nota: comprar máquina de escribir usada).

Es mediodía y las comadres del conventillo alborotan en la cocina común; a través de la puerta cerrada se filtra un olor a carne cociéndose que me asquea. El olor de carne vacuna quemándose es demasiado parecido al olor de carne humana quemándose.

Salgo al patio, donde el olor se mezcla con otros del baño común; doy un vistazo al fondo. Allá está la cocina colectiva, compartida por todos los huéspedes que la quieran usar; consiste en un tinglado de chapa sin cerramiento, que tiene debajo y contra la pared medianera un piletón y una larga mesada con cuatro cocinitas a gas sin horno. El inquilinato tiene quince habitaciones, tres baños, contando el mío, y esa cocina común. Las mujeres deben respetar estrictos turnos de media hora para cocinar la comida y ven con alivio a los hombres solos que prefieren comer afuera o que trabajan a la hora de comer; significan unos minutos más de cocina disponible, que son ardorosamente disputados por madres y esposas.

Amodorrado, oigo sin prestar atención una cotidiana cháchara sobre precios: “Usted le compra la carne a Don Roberto, ¿no?”. “Sí”. “No lo haga, señora; es un ladrón”. “Depende de los cortes”. “No, qué esperanza; los dos hermanos ayer vendían el kilo de asado a mil pesos y el Roberto ése lo tenía a mil quinientos. ¿Acaso los hermanos pierden plata, la regalan, eh? No, señora, deben ganar bien. Entonces el otro es un ladrón”. “Disculpe, señora, ¿pero usted vio la carne que venden los hermanos? No se cuáles serán sus gustos, pero el jueves compre ahí, sí, el jueves pasado, y mis chicos no pudieron comer esa carne, dura como piedra. La tuve que dejar para cortarla en tiritas y servirla como fiambre”. “A mí nunca me pasó eso, y mire que nosotros no comemos cualquier cosa... ¿Eh? Le habrá tocado, por casualidad, un trozo malo...”.

Me voy caminando hacia el Parque Lezama, pensando en la gente pobre. Un sueldo básico anda apenas por ciento cuarenta mil pesos, una piecita de inquilinato cuesta ciento cincuenta mil pesos. Por lo tanto, si un padre de familia gana tan sólo un sueldo básico no puede, siquiera, pagar el alquiler de un cuartucho mise-

rable. Por eso los hombres casados casi no se dejan ver por el conventillo. Todos tienen dos o más trabajos. Y los que viven solos y no quieren pasar apuros, también. La salvación, a veces, es tener un ranchito en Lomas del Quinoto; o vivir con familiares, pero esto último suele ser más bien un infierno. Claro que lo del ranchito lejano tampoco es el paraíso; cuando al fin logra acceder a él, su dueño descubre que tiene que pasarse cuatro o cinco horas diarias meramente viajando. En cualquiera de las variantes ayuda tener una buena mujer, trabajadora, económica, eficaz. Y cuando se tiene una mujer así se la cuida celosamente; en los conventillos nunca hay que fijarse en las mujeres.

Ya olvidado el olor a bife, me viene hambre. Frente al Parque Lezama, cerca de la estatua del Fundador, hay un fondín con pretensiones de restaurante, pero barato. Decido comer nada más que verduras.

El mozo que me corresponde en suerte es un italiano corpulento, de unos cincuenta años, pelado, un fascista con añoranza de *Il Duce*. Pone las mesas tirando los platos como aros de kermés, no presta atención a los pedidos y sirve a los clientes lo que le viene en gana, según sale de la cocina.

—¡Yo pedí verduras saltadas, no milanesa con puré! —protesto.

—¡Má, é lo mismo! —contesta, como diciendo: “Por lo que pagás, qué querés”.

—¿Cómo que es lo mismo? —cuestiono, pero ya se fue, ignorándome por completo. Ahora yo visible y corpóreo, no hay nada que me enfurezca más que una desatención. Me la agunto; todo sea a su debido tiempo. Espero mientras la milanesa y el puré se enfrían y endurecen ante mi vista; espero mientras el fondín se va vaciando de clientes y va llegando la hora de cerrar. Entretanto una idea, una florcita malvada, va brotando en mi mente.

Cerca de las tres de la tarde el tano, por necesidad, se fija en mí, viene y me dice: —¿No come?

—Milanesa con puré, no. Yo pedí verduras saltadas.

—Verduras non hay —dice el tano hirviendo.

—¿Por qué no me avisó? Están en la lista.

El tano está que revienta; evidentemente no le gusta discutir, le gusta pelear. Debe ser socio-dueño del fondín, porque con ese carácter nadie lo aceptarían como mozo.

Además, no habla ni en castellano ni en italiano, sino en una mezcla confusa de ambos idiomas.

—Non hay, e se acabó. ¿Usted qué se cree? ¿Napoleone? lo non posso atendere a la quente e andare dando explicazione.

Ya está, en el punto justo. Presionar más sería hacerlo estallar y dejar sentada una sospecha contra mí. Hasta ahora el jueguito no pasa de una discusión intrascendente, casi deportiva.

—Mire —le digo—, yo no creo nada, pero el médico me prohibió las milanesas. ¿Cuánto lo debo?

El tano se sorprende por mí aflojada y le cuesta un poco concentrarse en la cuenta.

—Due mile quiniento —concluye, adicionándose la propina según compruebo mediante una ojeada a la carta. Le doy dos mil setecientos, pues necesitará los cuatrocientos extra y mucho más.

Adecuadamente provisto me instalo en el parque, junto al monumento, y simulo leer el diario o dormir. El tano tiene cuatro direcciones para seguir: el Bajo, Constitución, el Centro y la Boca. En cualquiera de ellas puedo ejecutar mi plan. No me hace esperar mucho. Sale y se encamina resueltamente por Brasil rumbo a Constitución. Lo sigo durante cinco cuadras a prudente distancia. Parece dirigirse a la terminal de trenes, o al subterráneo. Perfecto: en una época yo tenía una novia que vivía justo enfrente de la estación ferroviaria y muchas veces hice el camino que ahora está siguiendo el tano, o sea, el cruce de la Avenida 9 de Julio entre la estación y Bernardo de Irigoyen. Llegando a la esquina de esa calle y Brasil me desvanezco sin ningún esfuerzo, y luego emprendo una breve carrera para ponerme a la par del tano. Ya estamos en la plazoleta de la Avenida. Empiezo mi trabajo.

Los primeros puntazos van a las nalgas, y la filosa tijerita de uñas atraviesa los fondillos y sale ensangrentada. El cascarra-

bias no grita “¡Ayl!”; exclama “¡Eh!”, sorprendido. Se da vuelta pegando manotazos y sólo encuentra aire. No lo dejo pensar. Los picotazos le caen uno tras otro sobre los brazos, barriga, piernas, pecho y espalda como una nube de abejas africanas. El tano gime, maldice, trata de huir por el césped de la plaza, manotea, se tapa la cara con los brazos; es inútil, los puntazos le siguen lloviendo sin explicación. Desesperado, grita pidiendo ayuda, pero sus gritos son ahogados por el ruido de los coches que circulan en torno a la plazoleta; algunas personas que pasan caminando se detienen y observan las extrañas volteretas y ademanes del tano rabioso. No falta un comedido que llama a la policía, y entretanto yo sigo imperturbable con mi trabajo. Desde la terminal de trenes vienen corriendo dos canas con la vista fija en el loco que grita y se contorsiona sobre el césped. Mi víctima los ve venir y los llama con gestos, da unos pasos hacia los policías que ya están a pocos metros.

Cuando los policías están por llegar a él, cuando ya le ven perfectamente la cara, con dos certeros puntazos le reviento ambos ojos.

Que los médicos forenses expliquen este crimen.

Estoy sentado en un banco de la plaza Constitución, escribiendo en este cuaderno. A mi lado tengo el diario de la mañana y un paquete de palomitas de maíz para alimentar a las palomas; en mi cabeza, un embrollo de cables pelados e ideas desconectadas.

Los titulares del diario hablan sobre el inexplicable incendio del banco. En la sección de noticias policiales hay un suelto sobre el desgraciado y enigmático suceso que afectó a un mozo italiano. El asunto del banco no afecta mayormente al sistema económico, pues la estructura de seguros está preparada para resistir un evento así, pero como consecuencia del incendio falleció el portero del teatro vecino.

¿Soy el responsable de esta muerte? Sí, fue una consecuencia no deseada de mis actos, y aun así culpa mía. Respecto

a la ceguera del mozo, desde todo punto de vista, soy plenamente culpable. ¿Puede considerarse imputable a un sujeto que oficialmente no existe? He aquí un hermoso problema para mis engolados ex profesores de derecho penal.

Sin embargo no es el derecho penal lo que me inquieta; es mi propia conciencia. Desde lo más profundo de mí mismo salen esos deseos de venganza, de dañar y causar sufrimiento a todos los que —de una manera u otra— me jodieron la vida. “Para eso volviste”, dice esa voz interior que clama venganza; pero mi vieja conciencia moral sigue actuando como en otras épocas, como en épocas normales (si las hay).

Estoy en cortocircuito.

Dejo de pensar y doy maíz a las palomas, las que —agradecidas— me cagan encima. Leo el diario al azar; encuentro un articulito que es casi una radiografía de la realidad que vivimos: “Respecto de la noticia —dice— publicada en varios medios periodísticos sobre algunos empleados que se hallan alojados en vagones estacionados en la playa ferroviaria de Villa Adelina, Ferrocarriles Argentinos comunica al público que dichos agentes aceptaron el traslado a los talleres ferroviarios de esta Capital por su propia voluntad y que en ningún momento la Empresa se comprometió a proveerles alojamiento, por lo que la situación en que se encuentran es de su propia y exclusiva responsabilidad. Recordamos a los lectores —continúa el diario— que los operarios que menciona el comunicado precedente prestaban servicios en un ramal ferroviario de la provincia de Tucumán, ramal que fuera desactivado y clausurado por Ferrocarriles Argentinos, permitiéndoles la empresa ferroviaria optar entre la prescindibilidad o el traslado a esta Capital. Los trabajadores eligieron el traslado”.

¡Linda opción! Desocupados en Tucumán u ocupados “desalojados” en la Capital. Ser ferroviario en una provincia, pese a los salarios ínfimos, es un privilegio comparado con la situación de la gran masa de desocupados marginales y trabajadores de temporada.

Un viajecito a Villa Adelina, algunos trámites y los ferroviarios sin techo pasan a tener un viejo caserón suburbano, ideal para que hagan un conventillo a su gusto y manera.

¿Qué clase de idiota soy? ¿Qué creo ser? ¿Robin Hood, el Zorro, Montecristo? No volví para hacer el bien y desfacer entuertos. Volví a castigar. Y hay algo que debo tener siempre presente: acá no hay culpables e inocentes. Acá hay culpables y víctimas. Todos son culpables en mayor o menor medida, hasta que pasan a ser víctimas. Yo mismo fui culpable por omisión hasta que pasé a ser víctima. Son culpables los que aplaudieron e incitaron; son culpables los que dieron las órdenes; son también culpables —y directamente— aquellos que las ejecutaron, y son asimismo culpables todos esos que callaron y concedieron.

No me interesan las víctimas; ya vi y conocí demasiadas, y de las víctimas se ocupará la historia. Me interesan los culpables, todos, sin excepción. En particular me interesa convertirlos en víctimas para que vean lo que se siente, para que paladeen, así sea un poquito, el sabor del infierno. Puede ser que usted, sí, usted que me está leyendo, haya aceptado acompañarme en este paseo, pero que a partir de ahora se horrorice por lo que digo y me considere un envenenado por el rencor y la rabia. No se preocupe: tarde o temprano lo visitaré, o usted pasará por algún lugar donde yo esté, o se encontrará con algún otro como yo, porque somos legión.

Viajo en colectivo, de madrugada. Me encantan los colectivos que circulan a medianoche y que concluyen su recorrido en sitios desolados. Son ideales para darle un palo en la cabeza al chofer, con el mismo palo que usa para probar los neumáticos y apalea a los pasajeros revoltosos; eso cuando concluye el recorrido y prepara la recaudación, creyéndose estar solo en el colectivo cerrado.

Sin embargo, ahora el colectivo está lleno; falta mucho para la terminal, y yo floto como una sombra en medio de los taciturnos pasajeros. Entra un tipo malencarado y con olor a borracho,

acompañado por una mina. Una pareja muy normal, que tal vez viene de cenar afuera. No, no son tan normales.

El tipo atropella, con el fin de abrirse paso, a un gordo que viaja con dos nenas. El gordo se queja un poco involuntariamente, como por reflejo. El tipo malencarado lo empieza a insultar de arriba abajo; sin piedad, sin proporción. Al final de su retahíla le dice al gordo, que lo escucha atónito e indeciso:

—...Y si no te gusta saco la “cuarenticinco” y te llevo. ¿Sabés lo que hacemos con tipos como vos, subversivo de mierda? ¿No? Ya vas a ver. Los tipos como vos no corren más; los eliminamos a todos...

En este punto la mujer del cana le dice algo por lo bajo; tal vez que se calme, que no se deschave, que se trata de una pavada. El cana borracho parece aceptar de mala gana el consejo. Sigue puteando en voz más baja, y diciendo a su mujer que no defienda al gordo; que aunque no haya órdenes es lo mismo, “total allá les da igual, una vez que los tienen los hacen confesar hasta que mataron a Gardel, así hayan nacido veinte años después de la muerte de Gardel”.

Por fin el cana de civil se calla la boca. Todos los pasajeros oyeron o también vieron el incidente, pero guardan un tenso silencio, procurando olvidar todo y mirar para otro lado.

Yo no olvido ni miro para otro lado. Esta vez no sigo el recorrido hasta la terminal. Tengo en mis redes un pez más gordo, mucho más gordo, que el colectivo.

Vuelven mis remordimientos. En castigo mi demonio me ha traído el recuerdo. Paso días enteros sin dormir. El infierno no es un lugar agradable.

En el infierno hay un lago de alquitrán plástico, o algo así. Debajo de ese lago hay formas humanas que se retuercen buscando salida, sin lograrlo y sin saber dónde están, porque el alquitrán es invulnerable y totalmente opaco. El que pasa por allí puede ver cómo —en el alquitrán estirado al máximo— se delinean rostros y

manos; rostros que no pueden reconocer, manos que no se pueden estrechar. Para los condenados al lago de alquitrán, el infierno es sólo ubicua y elástica negrura.

El condenado es sometido por los demonios al suplicio de la cuña. Sus rodillas son aprisionadas entre gruesas planchas de madera dura y dos demonios, simultáneamente, las van apretando con prensas de cuñas. A la tercera cuña estallan las rodillas y de ellas sale un líquido blancuzco. El condenado pega un largo alarido y exclama: “¡Soy culpable! ¡Lo confieso!”. Los demonios lo miran con estudiada sorpresa y luego se largan a reír como solamente pueden reír los demonios. “Eso no basta —replican—, queremos detalles”. Y siguen con las cuñas sin prestar la menor atención a los innumerables detalles que entre gritos, sollozos y ruegos, va diciendo el condenado.

En el infierno también hay celdas, pues el mundo humano es tanto el reflejo de lo que está arriba como de lo que está abajo. En las celdas hay, desde luego, condenados. Y siempre están llenas porque la población del infierno aumenta constantemente sin bajar jamás. Los demonios suelen dejar de visitar parte de las celdas durante milenios, y sus ocupantes creen que los demonios se han olvidado de ellos y suponen que el infierno los ha castigado con una prisión eterna en una celda atestada. Pero en los demonios el olvido es una forma de la buena memoria. Luego de un lapso indefinido pero enorme los demonios van a buscar a esos condenados, y entonces gozan infinitamente viendo la expresión de sus caras.

También hay en el infierno sectores rutinarios. los condenados presos en ciertas celdas reciben un plato de sopa antes de ser sometidos a los suplicios del día. Esta sopa tiene un sabor y un aspecto deseable para los condenados, quienes no pueden evitar ingerirla pese a saber que luego soportarán sufrimientos indecibles. Pero además, la sopa infernal tiene otra cualidad: hace recordar al condenado los tormentos pasados y suponer

que los futuros serán similares. Vana suposición: los tormentos siguientes son siempre distintos y renovados. Las salas de tortura del infierno están emporcadas con vómitos de sopa.

No todos los suplicios del infierno son groseros y directos. Es sabido que muchos condenados ignoran estar en el infierno y quieren creer que –simplemente– emigraron a otro país u otra ciudad. Así pasan del día a la noche, de la vigilia al dormir, del trabajo al descanso. Pero nada es como en la tierra. Porque mirar el cielo azul les produce náuseas, y mirar el cielo nublado, opresión; el trabajo es siempre monótono y fatigoso; los transportes están siempre repletos y sufren de crónica lentitud; la comida es insípida; el dormir no descansa; el amor no existe. Los optimistas incurables piensan que estos tormentos son banales y que basta para afrontarlos un buen estado de ánimo. Ignoran que la esencia de este castigo está en impedir –por los vastos e indirectos medios que controlan los demonios– ese estado de ánimo, ya que no se trata aquí de la burda o directa provocación del dolor como en otros sectores avernales; se trata de la absoluta privación de todo goce. Precisamente este sector está dedicado a los optimistas incurables y aquí se demuestra que la eternidad todo lo cura. Los más optimistas tardan milenios para admitir dónde están, y entonces esperan que en cualquier momento aparezcan los demonios y los lancen de cabeza a la gehena. Y siguen esperando. O dejan de esperar. Es lo mismo.

Hay quien piensa que los tormentos y privaciones del infierno tarde o temprano enloquecen a los condenados, y que éstos –ya sin entendimiento– terminan ignorando los castigos sobrevinientes a la locura. Freud decía que, no pudiendo conquistar el cielo, bajó a los infiernos. El médico vienés no mentía: los demonios son los mejores psiquiatras y psicólogos del universo. No hay enfermedad mental que los resista, ni simulador de locura que los engañe.

Los demonios no son perfectos (si lo fueran –dicen los teólogos– estarían en los cielos), pero las imperfecciones que tienen redundan en beneficio de su misión. Un demonio estaba destinado a violar a ciertos condenados y condenadas. Tan en serio se tomó su trabajo que acabó deseando a sus víctimas, y éstas sintiendo algún placer demoníaco en ese deseo. Tan flagrante infracción a las normas del infierno no podía ser tolerada. Satanás pensó en varias alternativas para corregir esta desviación y, luego de meditarlo, ordenó que el demonio libidinoso fuese duplicado en su tamaño y encerrado en una cabina hermética junto con sus condenados amantes. Era posible desde afuera ver el interior de esa cabina, pero no a la inversa. Este procedimiento demostró la estricta verdad de un proverbio infernal: no hay amor que dure cien años.

En cierto burocrático lugar del infierno, hay una hilera muy larga. Al inicio de la cola, detrás del mostrador, hay un demonio con aspecto de tortuga infernal. Los condenados alineados en fila son a-tendidos, por riguroso turno, sobre el mostrador y allí el demonio-tortuga los destroza lentamente con sus uñas y dientes. Los que están en la cola oscilan entre la ansiedad por terminar el trámite de una mala vez y la angustia de ser a-tendidos, y eso durante el largo tiempo que deben esperar hasta que les llega el turno. De vez en cuando, aleatoriamente, el demonio rechaza el trámite de un condenado y lo manda a ponerse otra vez al final de la cola.

En una ocasión corrió entre los condenados la versión de que el infierno de los masoquistas era el paraíso de los sufrientes. Ese bulo fue largado, obviamente, por un demonio. Cuando montones de condenados proclamaron vivamente que les placían sus castigos, inmediatamente fueron conectados con la mente de Satanás. Entonces supieron que los múltiples e innumerables sufrimientos del infierno no son otra cosa que reflejos distorsionados de un solo sufrimiento absoluto. La identidad con la mente

de Satanás sólo duró lo que un relámpago. Pero luego de tal foganazo de dolor no quedó entre los condenados ningún masoquista, ni real ni fingido.

Algunos condenados filósofos se preguntan reiteradamente la razón de ser del infierno. Todos conocen la leyenda de los ángeles caídos luego de la rebelión, pero no entienden por qué —de ser cierta la leyenda— esos ángeles en desgracia se constituyen en eternos y malditos verdugos de los humanos caídos. La razón, la verdadera razón, sólo la descubren quienes logran pensar el problema en la eternidad. Porque en la eternidad los demonios comprendieron que su rebelión nunca triunfaría, y —desesperadamente— volcaron su insoluble frustración y permanente sufrimiento sobre sus eventuales y débiles aliados: los humanos. También comprendieron los demonios que al volcar así su dolor no hacían otra cosa que favorecer los designios de su Enemigo. Concluyeron —siempre en la eternidad— olvidando voluntariamente *todo*, salvo el infernal placer, su único entretenimiento, provocado por el sufrimiento de los condenados. Se convirtieron en simples instrumentos de la justicia divina, pues un instrumento no tiene culpa ni sufre. Algún condenado, muy de tanto en tanto, logra comprender este doloroso *proceso* y concluye que el único responsable de la existencia del infierno es el Señor de Arriba.

Cuando un condenado, por sus propios medios, consigue expresar esta verdad infernal, los demonios momentáneamente recuerdan *todo* lo que habían querido olvidar, y consideran al condenado como a un igual. Entonces, para poder olvidar otra vez, envían a ese condenado de vuelta a la tierra, confiando en que vagará por el mundo de los vivos maldiciendo siempre a Dios.

Luego de sufrir durante diez días como un condenado, al fin logro descansar. Sueño con mis padres: ellos están vivos y yo muerto.

El sueño se desarrolla en un cementerio lleno de lápidas, mármoles y monumentos; pero yo no estoy en una tumba sino haciendo una larga cola que serpea entre losas y edificios fúne-

bres. Mis padres vienen a traerme flores. Yo los veo pero ellos no me ven, aunque se detienen frente al lugar que ocupo en la fila y me hablan. Les quiero decir que se vayan en razón a un complicado motivo burocrático-escatológico: “Si ustedes se acuerdan de mí, mis huesos tardarán más tiempo en pudrirse, y así tardaré más en llegar al cielo, porque esta cola es para llegar al cielo, ¿saben?”. A medida que hablo mis viejos se ponen más tristes. No me oyen, estoy seguro, pero de alguna manera me “sienten”.

—No lloren —sigo diciendo—, no se pongan tristes. Cuando termine de pudrirme me va a tocar el turno de subir al cielo. Y cuando les toque el turno a ustedes podremos encontrarnos allá.

Por fin los viejos hacen los ademanes de irse. Mi padre pone las flores en el suelo, a mi lado, y —antes de volverse— murmura: “Hijo, no te preocupes; en la última oscuridad estaremos otra vez todos juntos”.

Me despierto con un nudo en el pecho, que pronto se desata en lágrimas. Lloro como un chico durante largo rato. Después duermo diez horas de un tirón. Algo dentro de mí ha recuperado su equilibrio.

Estoy casi normalizado; hasta conseguí un trabajo, si es que así puede llamarse lo que conseguí. Señoras y señores, soy vendedor de enciclopedias. En mi caso sólo aparento venderlas, ya que es importante para mí ostentar una profesión lícita para evitar que las gentes murmuren y me señalen con el dedo; por otra parte, es una actividad irregular que justifica mis horarios irregulares, de manera que puedo salir y entrar del conventillo a la hora que me venga en gana y sin que nadie se extrañe.

En realidad deambulo mucho, pero no vendo ni tengo intenciones de vender. Una o dos veces por semana facturo una enciclopedia, la pago y la mando de regalo a una biblioteca de barrio.

Hoy salgo de mi pieza con mi disfraz de vendedor (traje y corbata, un maletín lleno de folletos y tomos de muestra) y en patio del

inquilinato me topo con un sujeto que transporta una puerta vieja. No es la primera vez que lo veo en la misma tarea, pero en esta ocasión el tipo me parece raro, pues al cruzarse conmigo me mira fijamente a los ojos, acelera el paso y se escabulle con puerta y todo en una pieza cercana a la mía.

En el patio hay una mujer colgando ropa lavada; ya la conozco de vista y acostumbramos saludarnos.

—Buenas —le digo— y disculpe una pregunta: ¿ese tipo que pasó recién es carpintero?

La mujer mira de reojo a la pieza del portador de puertas, sin dejar de tender la ropa. Es aindiada, el cabello teñido de rubio, alta y de curvas fuertes. Tendrá unos treinta baqueteados años.

—Ni carpintero ni nada parecido. Es loco.

Al ver mi gesto de duda, aclara: —Sí, loco, enfermo de la cabeza. —Hace el clásico gesto de girar el índice apuntando a la sien.— Pero manso, según parece. La familia estaba podrida de aguantarlo pero tampoco querían mantenerlo en un loquero, así que le alquilaron esa pieza.

—¡Qué cosa! —exclamo para seguir la conversación—. ¿Y trabaja de algo?

—¡Qué va a trabajar, si está totalmente revirado! La familia le paga todo. Él se entretiene juntando cosas, puertas, cachivaches, qué sé yo. Parece tranquilo, y la verdad no se sabe que jorobe a nadie; pero yo, por las dudas, no le doy ni la hora.

—Y bueno —digo en tono conciliador, como para cerrar el diálogo—, cada loco con su manía.

—Ajá —asiente. Pero en vez de cortarla me pregunta de sopetón: —¿Y usted de qué trabaja? ¿Vende libros?

—Enciclopedias, diccionarios enciclopédicos, obras sobre geografía, arte, historia y otros temas. ¿Quiere algunos tomos de muestra?

—¿Me estás cargando? —dice, pasando al tuteo—. ¿Para qué quiero yo una enciclopedia?

—Y... depende. ¿De qué trabajás?

—Trabajo en un club —afirma desconfiada.

–Bueno, entonces puedo conseguirte una enciclopedia sobre deportes.

–¿Qué deporte? Trabajo en un club nocturno, de esos que hacen *strep-tease*, ¿entendés? Acá todo el mundo lo sabe.

–Disculpame, yo no lo sabía.

–Está bien –dice en tono de disculpa mientras ajusta el último broche y levanta el fuentón plástico–. Te digo lo mismo que a todos: para mí es un laburo como cualquier otro, pero mejor pagado. ¿Acaso una mujer sola puede mantenerse laburando de obrera?

–No –respondo–; si no tiene una familia que la ayude o que por lo menos le dé casa, no.

–¡Eso! Y yo no tengo a nadie.

–Yo tampoco –digo, solidario.

–¡Ah! Y decime, ¿se vive con eso de los libros?

–Cualquiera no. Yo vivo –miento–. Bueno, tengo que ver a un cliente y se me hace tarde. ¿Cómo te llamás?

–Florinda. –“Nombre de vaca”, pienso.

–Lindo nombre –miento otra vez–. Yo me llamo Gerónimo. Chau, Florinda; hasta luego.

–Chau –dice, pero no devuelve el gesto de saludo

Los cuerpos humanos dejan de ser meros objetos. Ahora, de golpe, una rubia oxigenada y hosca viene moverme la adrenalina. Recuerdo a Patricia, también Sandy; por desgracia, también recuerdo otras cosas.

El sol cae, iluminando el Obelisco desde Corrientes al fondo. Los letreros luminosos del Mercado del Plata indican la hora y temperatura; el anunciador circular del Trust rota pasando noticias y propagandas; el espeso tránsito ensordece a todo el mundo y contamina el aire. A mí nadie me ve, porque muchas veces estuve sentado en esta ridícula plazuela del Obelisco, con Patricia. Uno de mis lugares habituales.

A Patricia la conocí en la Facultad, poco antes de que yo largara la carrera. Cuando lo decidí, poco después de que murie-

se mi viejo, me jorobó lo indecible para que siguiera estudiando. Yo le decía que el diploma lo quería para mi viejo y que, estando muerto, ya no se lo podía dar. ¿Sos loco? Sí. Y además hay ya tantos abogados con ganas de ser abogados que es un crimen aumentar el número con uno sin ganas. Seguimos saliendo un mes más, hasta que una noche el portero del edificio nos pescó franeleando en el palier y fue con el cuento a los viejos de Patricia. Se fue todo a la mierda. Después entré al Banco, oh glorioso y respetable banco que terminaría años después con un incendio y una quiebra fraudulenta. Claro, entonces yo no sabía que mi nombre y dirección habían quedado anotados en peligrosas libretas.

¿Para qué reavivar el fuego? Sin embargo esta noche lo reavivo. Voy a uno de esos despreciables “teatros” de desnudos que proliferan bajo el actual gobierno municipal. Entre viejos babosos y adolescentes pajeros veo cómo se desnudan unas luchadoras señoronas; me siento tan excitado como un poste plantado en medio del campo y en una noche de invierno.

Esa carne gastada por la ropa que entra y sale es parte del enemigo. No de Sandy, no. A ella la vi una sola vez y nunca pude hablarle; ni siquiera supe jamás cuál era su verdadero nombre. La tiraron en el suelo, a un par de metros de donde estaba yo; llevaba tan sólo los restos de un camión rosa pálido. Estaba reventada, pero no inconsciente; fijó en mí sus ojos celestes y quiso sonreír como diciendo “después de todo, qué importa”. La bauticé “Sandy” porque tenía cierto aire de colegiala yanqui; un lejano parecido con Candice Bergen, como debía de haber sido a los veinte años. Ambos teníamos la lengua muy hinchada y los labios resecos; no podíamos hablar. Por señas me quiso decir, creo, que hacía tres meses que estaba allí; yo asentía. Entonces vinieron y se la llevaron; su cabellera rubia ondeó un momento en el oscuro corredor y desapareció. Jamás la volví a ver. Apoyé la cara contra el embaldosado húmedo de sudores, sangre y orines.

Florinda sale de la penumbra del cabaré y se sienta a mi mesa.

—¿El mundo es chico, ¿no? —le digo no bien salgo de mis recuerdos.

—Ya viste a tu cliente —afirma, continuando como si nada la conversación que tuvimos en el patio del conventillo—. ¿No querés otra copa? —pregunta con tono profesional.

—¿No querés que te venda un libro?

—No me jodas, que estoy laburando.

—Está bien, que sean dos *whiskys*, pero el mío lo tiro. No tengo ganas de tomar.

—Unas copas de más, de vez en cuando, no vienen mal.

—¡Fenómeno! Emborrachate vos entonces. Tomá mi *whisky* y yo tomo lo que te sirvan a vos.

—Nunca tomo mientras trabajo.

—Está bien, entonces tiro mi *whisky* en esa maceta y listo.

—Como quieras, es tu plata —dice Florinda haciendo un mohín que significa “locos hay de toda clase”—. ¿Tanto ganás como para ir tirando la guita?

—A vos todavía no te tiré nada —respondo con bajas intenciones.

—Te lo digo en serio. A ver si por andar gastando la plata acá después no tenés para pagar la pieza. —Florinda no parece macanear; lo dice en serio.

—Gracias por la buena intención, pero aunque no lo creas estoy festejando una herencia.

—Esas cosas pasan en las películas, nada más.

—Bueno, no es nada del otro mundo. El mes pasado terminó la sucesión de unos tíos que me dejaron una casita en San Antonio. Hoy firmé la escritura de venta y recibí la guita. Entre el Estado y el abogado se llevaron mitad, pero algo quedó y no me quejo, porque vino de arriba.

Mentir me produce cansancio. Seducir a una puta también. Así que bebo de un trago la especie de limonada que le traen a Florinda y veo cómo ella tira mi *whisky* dentro de la maceta. Las

flores y plantas de la maceta son de plástico, la tierra es auténtica; mejor, no tengo ninguna cuenta pendiente con el reino vegetal. Comienzo a levantarme lentamente.

—¿Cómo! ¿Ya te vas? —protesta Florinda.

—Ajá. Tengo hambre y sueño, así que voy a comer algo y después a mi cama.

—¿Y el festejo por la herencia?

—Puede esperar, los tíos no van a resucitar para pedirme la plata. Y hablando de plata, tomá esto para justificarte ante el patrón. —Le largo un billete grande. Ella lo mira, me mira, y se lo guarda.

—¿A qué hora te desocupas? —pregunto.

—Depende, generalmente a eso de las tres o las cuatro. ¿Por?

—Por nada. A esa hora me suelo desvelar.

Ceno en un bodegón del Bajo, donde —al menos— no hay mozos irascibles. Sí hay un aparato de televisión, colocado sobre un estante muy alto, a la altura de los vinos caros. Pasan el noticiero. Luego de la habitual tanda de actos, ceremonias, discursos y desfiles que hacen a diario los militares (a la par de otras cosas que no salen en TV), el locutor hace una pausa dramática y anuncia:

—Dios ha muerto.

Nueva pausa dramática, en el fondín nadie demuestra haber escuchado tamaña revelación oficial; el locutor sigue: —El delincuente terrorista José Luis Dios, autor material del sangriento atentado contra la Secretaría de Seguridad, acaba de ser abatido por las fuerzas legales, luego de intentar resistirse a su arresto. Como se recordará...

Dejo de prestar atención y pienso que menos mal, que Dios es un hombre al que mataron.

Llego al inquilinato un poco tarde, el patio ya está oscuro y silencioso, toda la gente duerme o está encerrada en su pieza. Salvo el loco portapuestas, al que veo fumando junto a su pieza,

apoyado en el marco de la puerta como para evitar que se derrumbe.

Me acerco a él pachorrientamente, aparentando dirigirme a la cocina. Al pasar a su lado me animo a pedirle fuego. El tipo se sobresalta pero después me ofrece su cigarrillo para que encienda el mío.

—¿Usted arregla puertas? —le pregunto a boca de jarro.

Da un paso atrás, hacia la negrura de su habitación.

—No las arreglo; las junto. —La lámpara colgada del techo revela que esto es cierto, pues el cuarto está colmado de puertas varias, de todo tipo, tamaño y forma, colocadas sucesivamente, respetando cierto orden excéntrico. La cama, en especial, está rodeada de puertas unidas marco con marco mediante listones de madera; para llegar al lavatorio hay un camino de puertas sucesivas colocadas en plano; para llegar a la salida hay otro camino de puertas, ahora abiertas y con las hojas superponiéndose como las páginas de un libro descangallado. En los recovecos veo pilas de latas de veneno para ratas y cucarachas.

Tal panorama me deja boquiabierto. Las dimensiones de la locura siempre me hacen ese efecto; tal vez por eso sufro de calambres en los músculos maseteros.

—¿Y para qué junta puertas? —atino a preguntar en un susurro. El tipo me mira como miraría un maestro a un alumno que no sabe sumar dos más dos. No obstante, condesciende a responder.

—Para que les sea difícil entrar cuando vengan a buscarme.

—¿Quiénes?

—Los tipos que se llevaron a mi hermana, por supuesto. Vieron una noche a casa; los viejos los dejaron pasar (eran como diez y armados). Mi hermana no quería irse con ellos y se cerró en su pieza. Pero la pieza de mi hermana tenía una sola puerta, una puerta debilucha, y los tipos la voltearon enseguida, de una patada, y se llevaron a mi hermana.

Un escalofrío me recorre el espinazo. Pienso que la hermana de este pobre loco podía ser la chica a la que bauticé “Sandy”. Es

una posibilidad entre miles, pero... ¿De qué me serviría averiguarlo? El pasado no puede cambiar. Sin embargo, queda la esperanza: —¿Volvió tu hermana?

—¡Cómo! Mis viejos dijeron que esos tipos eran enviados del demonio, y que se la llevaron de cabeza al infierno. Nadie vuelve del infierno.

—Hay excepciones —murmuro, más bien para mí mismo—. Hubo una vez un poeta griego que fue y volvió. Mucho tiempo después hubo otro poeta, florentino éste, que hizo lo mismo y que contó lo que vio.

—Ésos son cuentos —repite el maniático.

—Está bien, dejémoslo así. ¿Cómo se llamaba tu hermana?

—Mónica.

—¿Era alta, rubia y de ojos celestes?

—No, ésa era la pulpera de Santa Lucía. Mónica era petisa y morocha.

Sin poder explicármelo, respiro aliviado. Maldita esperanza. Terminó mi cigarrillo y lo tiro al suelo. El loco mira al cielo, embozado.

—¿Cómo te llamas? —le pregunto.

—Ariel —contesta distraídamente—, ¿por?

—Por nada, para saber nomás. Yo me llamo Gerónimo.

—Mentira —dice, siempre distraído—. Vos te llamas Pablo.

Bueno, bueno, me digo, ahora hasta me cambian el nombre. Le sigo la corriente.

—¿Por qué “Pablo”?

—Porque yo te inventé y te pongo el nombre que se me da la gana.

—No me gusta este invento —digo para cortar la enloquecida conversación, y doy media vuelta en dirección a mi pieza. Mientras busco la llave oigo cómo Ariel cierra sus incontables puertas una por una, alejándose cada vez más de la salida.

A las cuatro de la mañana sigo despierto; el temor a las pesadillas me obliga a encender la luz y ponerme a leer una enciclopedia, a falta de otra cosa. Fumo un cigarrillo tras otro.

No obstante me resulta imposible concentrarme en los textos o al menos detener el río de ideas y recuerdos que me pasan por la cabeza; siento esa tensión eléctrica y ese cansancio hormigueante del insomnio.

Golpean la puerta y salto en la cama como si hubiera sonado un cañonazo.

—¿Quién es? —pregunto nerviosamente.

—¿Quién va a ser? —contesta Florinda—; estás desvelado, ¿no?

La imagen de Sandy vuelve a pasar por mi mente, pero igual me incorporo para abrir la puerta.

¿Leyeron *El hombre que murió*? De Lawrence; sí, el mismo que escribió sobre el amante de una tal Lady Chatterly. Bueno, si no lo leyeron es lo mismo. Mejor para mí.

Esta tarde estoy un poco incoherente y bastante idiota; mejor sería que no escribiese.

Pero ustedes, jauría de bestias libidinosas, están esperando que cuente con lujo de detalles mi encuentro matinal con Florinda. Ya les voy a tirar un pedazo de carne; por ahora, decreto la veda.

En definitiva ustedes son un invento mío, ¿o no? El que se disguste que dé un paso atrás, o —mejor— al costado.

También pueden arrancar esta página. O tirar estas anotaciones al diablo, su dueño.

Se llama Francisco, tiene alrededor de sesenta años, es de cuerpo morrudo y vende libros por toda la provincia de Buenos Aires, además de otras cosas más útiles para los chacareros. Es dueño de una vetusta camioneta que semanalmente atiborra de mercadería y conduce por ignotos caminos de tierra. Un bicho raro, desde luego; tal vez el penúltimo vendedor rural que va quedando.

Su mayor placer es tomar un café en el Tortoní acompañado por alguien que escuche atentamente sus contundentes opiniones sobre cualquier tema filosófico, literario o similar. Y aquí

estamos; él hablando y yo aguantando su perorata. Para mi desgracia, hoy, de paso por la editorial, acepté su invitación a tomar café. Y me está saliendo caro el cafecito. Barrunto que mientras diserta se siente uno de esos pintores, poetas o artistas famosos que acostumbraban parar en este café. De entrada confiesa que es un filósofo fracasado, un ensayista malogrado, y eso por culpa de los degenerados gustos contemporáneos, opuestos contra natura a los verdaderos valores estéticos de la humanidad. Al respecto considera que la obra de arte más elevada que puede crear el Hombre es una combinación entre la tragedia griega y el ensayo al estilo de Nietzsche; confiesa haber intentado obras de tal laya pero que, según sus propias palabras, “fueron incomprendidas por los fariseos”. En este mismo momento, sin ir más lejos ni más cerca, está enfrascado en exponerme su visión cosmológica.

—...No hay otra posibilidad, pibe. Sabemos que el Universo es atterradoramente inmenso pero finito, y que está en constante devenir. El todavía más inmenso número de partículas que lo componen puede combinarse un número de veces aún más descomunal, número que sin embargo es limitado, finito. En cambio el tiempo sí es infinito; es imposible afirmar que haya tenido comienzo o que tenga fin. En consecuencia, por más grande que sea el número de combinaciones posibles de las partículas del Universo, en algún momento tiene que repetirse en forma exacta. Por más tiempo que deba pasar entre una repetición y otra, ésta tiene que ocurrir necesariamente una y otra vez a lo largo de la eternidad. También necesariamente ya debe de haber ocurrido innumerables veces, puesto que el tiempo es infinito tanto hacia el pasado como hacia el futuro. Por ello puede afirmarse que cada momento de nuestras vidas es eterno, ya que volvemos a vivirlo una y otra vez, infinitas veces, como ya lo hemos hecho en el pasado. Este momento que compartimos en el Tortoni, este café que bebemos, estas palabras que digo, ya ocurrieron y volverán a ocurrir infinitas veces.

Voy hasta el edificio donde vivía Patricia, y encuentro que el portero sigue siendo el mismo, o sea, aquel viejo soplón. Está puliendo los herrajes del portón y –por supuesto– no advierte mi llegada.

Bajo hasta donde está el horno incinerador, aún no sustituido por una compactadora. Perfecto. Lo abro con cuidado; adentro sólo hay bolsas de basura listas para quemar.

Entre las bolsas, bien ocultos, coloco tres aerosoles del tipo que yo me sé. Dejo todo como estaba y salgo silenciosamente.

El portero ha dejado su lustrador y chismorrea con un vecino. Ya le llegará el momento de encender el horno.

La verdad es inversa al refrán: no hay mejor sordo que aquel que no puede oír.

–¿Entonces no hay recompensas ni castigos? –le pregunto a Francisco–. ¿Es lo mismo actuar bien que actuar mal? ¿Da igual el sufrimiento que el placer?

–Cada acto ocupa un lugar en la economía del devenir; es una parte del movimiento universal –contesta sentenciosamente–. Y el universo es insensible. Las valoraciones morales son una herramienta creada para el funcionamiento de la sociedad humana, y creada por los mismos humanos.

–Pero –insisto–, ¿entonces la maldad o la bondad carecen de trascendencia?

–No veo por qué puedan tenerla. Son parte de la rueda universal que viene girando desde siempre y que seguirá haciéndolo por siempre. Si ocurren es porque así vienen ocurriendo desde la eternidad. Es imposible evitar un acto bueno o un acto malo desde el momento en que ocurrió.

–Sin embargo tiene que haber existido una primera vez, en la que al menos fuimos libres de elegir el curso de nuestros actos.

Francisco hace una mueca escéptica, considerando y rechazando la idea rápidamente.

–Postular un primer giro de la rueda universal –afirma con la contundencia de un profeta– es lo mismo que postular que el

tiempo tuvo un comienzo. Es absurdo, pues, antes del tiempo, ¿qué había? ¿No sería tiempo también? El tiempo no es una sogá con cabos; no es algo *material*. Por el contrario es la *posibilidad* de movimiento de la materia. Las modernas teorías científicas están de acuerdo en que esa posibilidad de movimiento no tiene manera de cesar, de arribar a un reposo o equilibrio permanente, ya que a la extrema contracción se sucedería la extrema expansión y viceversa. ¿Y por qué antes tiene que haber sucedido otra casa?

—Puedo estar de acuerdo con esa concepción del tiempo —replico—, pero no excluye la posibilidad de una Creación.

Esta vez Francisco se toma su tiempo para meditar, encarga otro café, y —si fuera fumador— encendería un cigarrillo.

—¿Qué te gusta más? —me pregunta Florinda, un tanto adormilada. Yo estoy tirado sobre la cama, flojo como un gusano, y —en realidad— sin ganas de nada. Sí, todavía funciono; ahora —gracias a Florinda— lo sé. Pero mi cuerpo es algo ajeno y lejano, una cosa en la que el orgasmo se asemeja a un leve toque eléctrico, a un suave golpe de picana.

Queda, eso sí, un difuso placer intelectual en ver un cuerpo de hembra descubriéndose y quedando desnudo al alcance de las manos, un cuerpo duro, suave y combado. Veo cómo lentamente la cara de Florinda baja serpenteando por mi pecho, rozándolo con labios entreabiertos y húmedos, buscando como buena puta el sexo todavía pegajoso y relajado a causó del primer ejercicio. Es otro acto de gimnasia, algo así como un espectáculo televisivo, porque veo a mi cuerpo moverse y a Florinda aparentar glotonería, y —sin embargo— todo es distante y extraño. Entonces, súbitamente, comprendo que no se trata de una simple técnica para estimularme, sino que ella está decidida a tragarse todo y que lo hace con un profundo disgusto, forzada por sus emputecidos intereses. Y esa fugaz comprensión hace blanco en lo más íntimo de mi siempre latente maldad, me revive, y me sacude con un estampido destinado a degradar a la turra hasta el fondo.

La última vez que vi a mi padre con vida estaba boqueando como un pescado sobre el muelle, aprisionado en una cama jaula de terapia intensiva. Se ahogaba irremediamente pese a la máscara de oxígeno, pese al suero y los cuidados médicos. Manoteaba el respirador buscando acomodarlo para poder decir algo; las palabras se le entrecortaban por la falta de aliento y volvía a ponerse la máscara, lloraba y se reía sabiendo que estaba en las últimas, y lo único que pude entender de todo lo que intentó decirme fue el terror abismal que le salía por los ojos. Antes de irme me mostró, siempre boqueando, las cicatrices y magulladuras que la aguja de suero le había dejado en brazos y piernas. Lloraba cuando el enfermero de turno me hizo una seña, debía salir; estúpidamente le di la mano al viejo, y sentí el absurdo de mi saludo al tocar su piel escoriada y presentir debajo sus huesos flacos.

Lo enterramos dos días después. Yo quería que lo cremaran, pero el resto de la familia se opuso.

Afuera, en la Avenida de Mayo, cae una noche pringosa gracias al humo y la humedad. Francisco disuelve dos terrones de azúcar en su café, y parsimoniosamente retorna su disertación cuasiapostólica.

—Es cierto que este café, esta ciudad, el planeta mismo tuvieron origen en algún momento. Pero la materia que lo integra ya existía antes en otras formas y en otras combinaciones. Es un prejuicio demasiado humano el inducir de una serie de objetos con origen temporal que la materia fue creada alguna vez. Es más, se trata de un craso error lógico, pues se hace pasar a una inducción por una deducción, se transforma un juicio analítico en uno sintético. En realidad, es mucho más difícil sostener la creación de la materia que sostener su existencia permanente.

—Pero —interrumpo—, ¿qué nos impide aceptar la hipótesis de que el universo comenzó a ser en un momento remoto?

—Una razón elemental —repone indulgente—. De la nada, nada surge. Conste que me refiero a la materia, que se trans-

forma pero que no surge espontáneamente ni desaparece sin transformarse en otra cosa.

Al escuchar esta última frase no puedo reprimir una carcajada. Hasta ahora, por respeto a las canas, lo he tratado de “usted”, pero le pierdo el respeto y me parece sólo un viejo chiflado.

—¿De veras creés eso? —pregunto irónicamente. Francisco no entiende mi brusco cambio de actitud, se ofende; puedo adivinar que la palabra “fariseo” revolotea en su cerebro.

—¡Por supuesto! ¿Acaso hay alguna razón para que piense otra cosa?

—Si es que la hay —respondo enigmáticamente—, no seré yo quien la diga. Lo interesante de la concepción que acabás de exponer es que excluye toda necesidad de Dios; lógicamente, también del Diablo, y del alma.

—No es tan simple. —El viejo recupera su compostura académica.— Si hay un Dios, en algún sentido de la palabra, es algo externo y aleatorio, tanto respecto al universo como a la especie humana; no interviene necesariamente en el devenir ni en nuestras vidas. En cambio, el Diablo parece algo más cercano a nosotros, más humano.

No puedo mostrarme en desacuerdo. No obstante insisto en picarlo.

—Ajá. ¿Y el alma, Francisco? ¿Y el alma?

Flor (odia que los íntimos la llamen “Florinda”) está haciendo buches en el lavatorio; desde mi cama distingo su culo macizo y con forma de pera. —¿Precisás plata? —le pregunto.

—Metete la guita en el culo —dice enojada, mientras se lava los dientes con mi cepillo—. ¿Qué te crees que soy? Metételo en la cabeza: soy una *vedette*, no una puta. ¿Entendiste?

—Entendí —digo fastidiado—. ¿Y se puede saber que quiere una “*vedette*” como vos con un vendedor de libros como yo?

—No jugués conmigo, zonzo. —Sale del baño tan desnuda como entró pero tapándose las tetas con las manos.— ¿Todavía no te diste cuenta?

Seguro que me doy cuenta: quiere dejar de laburar a mi costa, pero opto por dejar que ella misma lo diga.

–No –contesto muy serio–. ¿Qué querés?

Se sienta a mi lado; me mira como buscando una idea que se le escapa y luego pone una de sus grandes manotas sobre mi sexo.

–Quiero un hombre –afirma, procurando ser seductora–. Un hombre bien macho como vos. Me gustás.

–Ajá –exclamó, dejándola en suspenso para que largue el rollo.

–Sí, en serio. Si yo también te gusto podemos juntarnos. ¿No?

–Podemos –digo–; mañana arreglamos con el tano y venís a esta pieza. –El tano es el dueño del tugurio, además de su gerente y conserje.

–Al tano no le gustan esos arreglos. Tendríamos que irnos a otro lado.

“Ahora es el momento”, me digo, “en que me toca ofrecer la banca, según ella espera”.

–Ése no es problema –afirmo manteniendo la ambigüedad.

–¿No? Acá ya nos conocen y tenemos crédito; en otro lugar son capaces de pedirnos cualquier cosa por una pieza de mierda.

–Mañana me ocupo, y después te cuento.

Flor se viste para ir a dormir a su cuarto; ya no es una piba romántica capaz de pasar la noche con un tipo en una cama angosta.

–No doy más; me voy a apoliar –informa–. Te quiero. –Y me da un beso frío en la boca.

–Te quiero –contesto, y agrego mentalmente “de ternera para el sacrificio”.

–¡El alma! –exclama irónico el filósofo bonaerense–. Yo veo, oigo, olfateo, degusto, siento, pienso, me emociono... Pero ¿dónde está el alma? Más allá de estas cosas no hay nada; afirmar la existencia de algo inmaterial es un contrasentido, porque desde el momento en que decimos “algo” nos estamos refi-

riendo a una cosa material o a una actividad de la materia. Hasta cuando decimos “tengo una idea” nos remitimos a determinada actividad eléctrica del cerebro y —como es sabido— nadie puede tener una idea sin cerebro (y, a veces, tampoco teniéndolo). Si lo dudás, agarrá a un tipo y practicale una cerebrotomía. Después preguntale cuánto suman dos más dos. O, si querés ser menos cruento, enchúfalo en el *electroshock* y mientras le pasa la electricidad hacele la misma pregunta.

—Lo haré —digo sonriendo; en verdad, no es mala *idea*—. Pero también hay concepciones materialistas del alma. Por ejemplo, la que afirma que está compuesta por algún tipo de materia más sutil y distinta que la materia conocida por los físicos.

—¡Ah, sí! La teoría hindú del alma, o la teoría del epifenómeno material, que Platón enunciara para rebatirla. No digo que esas concepciones sean falsas, pero hay algo incontrovertible: si existe un alma material, sutil pero material, está sujeta a las mismas leyes de transformación que sujetan al resto de la materia, o sea que sus componentes terminan disolviéndose como nuestro cuerpo para luego volver a combinarse de otra manera. Al respecto me inclino por la concepción de los griegos: lo que queda de nosotros luego de la muerte del cuerpo es apenas una sombra, un resto que va disgregándose lentamente...

—Yo sé —digo para terminar esta discusión de café— que el alma no es algo diferente al cuerpo. William Blake sostenía que el cuerpo no es más que la porción del alma que pasa por los cinco sentidos.

—¿Ah? ¿Sí? —exclama el filósofo bonaerense, sorprendido por mi brusca erudición.

—Sí. Por eso la muerte es sólo la amputación de la apariencia. E, igual que las lagartijas con su cola, los muertos que lo desean fervientemente pueden regenerar una suerte de cuerpo sólido.

Francisco sonrío.

—¿Entonces vos crees en Drácula y cosas por el estilo?... Recuerdo que cuando fui a ver *Nosferatu*, hace como cuarenta

años, me metió un miedo bárbaro. Hasta que me convencí, científicamente, que...

Me levanto y me marcho dejándolo solo con sus explicaciones científicas.

—¡Eh, para! ¿Qué mosca te picó? —dice el filósofo interrumpido. Yo ya estoy en la puerta, hago un saludo ambiguo y salgo a la calle. Pero, antes de salir, mientras Francisco todavía me está viendo, desaparezco. Cuando él sale a la puerta para cerciorarse de que tuvo una alucinación, me carcajeo.

El tiempo pasa. Sería demasiado largo enumerar todas las pequeñas venganzas que cometí últimamente. Además, ya no llevo la cuenta.

Sin embargo sigo rondando, merodeando, paseando a mi modo. Rondo con furia los tugurios de putas y clientes bestializados; rondo con furia los bancos y financieras donde honorables señores exprimen a los necesitados; rondo con furia en torno a las comisarías donde canas de pinta seria y respetable se transforman en animales cuando tienen a un infeliz en sus manos; rondo con furia los comandos donde se pavonean los grandes jefazos, esos que se quedaron con tantas vidas y desvalijaron a tantos, esos que se enriquecieron con tanto negociado y saquearon a diestra y siniestra en nombre de altos ideales; rondo con furia los ministerios que cobijan a quienes endeudaron al país hasta más allá de lo que puede pagar y de lo que podrán pagar los hijos de los hijos, no sin cobrar suculentas comisiones por dejarnos tan generoso endeudamiento; rondo con furia los cafés llenos de intelectuales que discuten sobre abstracciones filosóficas y refinamientos estéticos mientras el país se hunde más y más en un mar de mierda; rondo los semiclandestinos comités donde políticos sin política hacen bizantinos análisis en torno a lo que dijo o se supone que dijo algún militar o preparan trenzas y compromisos para cuando les toque volver y entonces hacer borrón y cuenta nueva, como si aquí nada hubiese pasado. Rondo: mi paseo cotidiano. Me llamo Gerónimo; soy un aparecido. Estoy cansado.

Tampoco tengo ganas de contar cómo terminé con Florinda. Que se vaya al carajo; no soy el más indicado para escribir una novela intimista. Ni siquiera sé qué significan estas anotaciones. Basta decir que alquilamos una pieza en otro conventillo y que un día la dejé adentro, bien atada a un esqueleto. Eso era lo que ella buscaba en mí, sin saberlo.

Al fin y al cabo siempre reventás. Un dolor aquí, otro más allá y un cáncer largo que viene y te pierde. O si no, el corazón, un dolor agudísimo en el pecho, ahogo y, con suerte, ya estás del otro lado; con suerte digo, porque si no la tenés quedás colgado de un piolín y sufrís casi tanto como con el cáncer.

Esas desgracias de mi propio cuerpo, al menos, me las ahorré. En cambio mi tío, no. Ahora está muerto y lo estamos velando. Yo no diría que le costó morir, más bien creo que la muerte fue para él como una violación para una mujer histérica, o como el lobo para el pastorcito mentiroso. La vio venir, la anunció, la llamó durante tanto tiempo, que –cuando por fin se encontró con ella– no lo pudo creer. Y ahí está, en el cajón, frito por un derrame cerebral. Pese a ser un hijo de puta tuvo la mejor muerte: un mazazo en la cabeza y chau.

Después dicen que la muerte es democrática. ¡Minga! Es una oligarca y, encima, caprichosa. El que sí es democrático es el nacimiento: salvo cesárea, todos caemos por el mismo tobogán. La diferencia está en lo que hallamos al final del túnel. (Sí, es cierto, yo he visto torturar a mujeres embarazadas de seis meses o más; se torturaba deliberadamente al feto. ¿Pero el feto lo sabía? Para él tenía que ser como una catástrofe de la naturaleza.)

El salón donde velan a mi tío también tiene forma de túnel; es largo, oscuro y estrecho. Sólo que al final, en vez de la realidad o el mundo, está la cámara funeraria, llena de flores y colgajos, el féretro en el medio.

¡Buen viaje, tío! En definitiva vos también hiciste con tu vida lo que pudiste. En el fondo de tu persona vos también eras un

pibe asustado, con un cagazo de órdago; tu temor era quedarte sin un mango, desvalido, listo para ser usado como un trapo a cambio de unas monedas, hasta que ese terror se convirtió en sangre desmadrada y te inundó la cabeza. Chau, ahora no tenés más nada que temer. Si lo ves a tu hermano, mi viejo, decile que en la última oscuridad estaremos otra vez todos juntos.

La noche del velorio se hace larga, y a las tres de la mañana no hay nadie en el estrecho salón. Nadie despierto o vivo. Mi tía y una hermana duermen sentadas en un sofá; los demás parientes y conocidos se han ido.

Decido ir a la cocinita para prepararme un café y ahí me cruzo con un tipo alto, robusto y un poco gordo, parecido al actor Bud Spencer o, al menos, con la misma barba y la misma expresión. El sujeto está tomando un café y su actitud se me antoja poco seria, pues ya lo había visto atravesar la sala varias veces durante la noche y lo consideraba un empleado de la empresa funeraria. Sin embargo, no.

—¿Te sirvo un café? —me pregunta en un tono neutro, y agrega—: nunca puedo dormir cuando el salón está ocupado.

—Evidentemente.

—No, no es evidente. A los demás no les importa, ni me ven. Pero me molesta estar durmiendo en mi sofá preferido y que alguien venga y se recueste a través de mí.

Él me ve, yo lo veo, los demás no nos ven. Estamos en una mesa despreciable, que nadie quiere ocupar porque está ubicada junto a los baños del café Alabama. Las mesas tienen manteles verdes y mantelitos rojos; el local estaría vacío si no fuera por una pareja que discute en voz baja y un tipo morocho que escribe en un cuaderno mientras su cigarrillo se consume en el cenicero de vidrio.

Andrés, así se llama —no Bud—, me cuenta su historia. Lo levantaron un año antes que a mí y también lleva más tiempo de aparecido que yo. Escuchando su relato descubro que ambos pasamos por el mismo lugar. No lo interrumpo; tiene para rato.

Cuenta que su familia tenía una funeraria; de ahí, pienso yo, ese gusto por habitar un salón fúnebre. No te creas, me contesta mentalmente, tiene un sofá cómodo y lo usan rara vez; cuando me acostumbro a un lugar me cuesta cambiar, y –además– duermo más de día que de noche.

Sus pensamientos dan vueltas en mi mente como un remolino ocioso. Ya no es necesario hablar; las voces son innecesarias entre aparecidos.

El día pasa lentamente, como un cortejo camino a la Chacarita. Le cuento mi historia, lo que recuerdo; mis estúpidas hazañas.

“Actuaste fundado en una confusión –piensa Andrés cuando termino mi relato–. Confundiste el signo con el significado. Atacaste los símbolos, fueran mozos, porteros, putas, colectiveros, policías. Sin embargo no fueron esos símbolos los que nos hicieron lo que somos; fueron tipos bien concretos y reales”.

“Y sabemos dónde están”, pienso yo, “pero en su conjunto son demasiados”.

“Por lo menos”, continúa Andrés, “sabemos de un lugar. Ese lugar no es el infierno; no todo el infierno, pero sí una parte. Una parte de algo que es extenso pero no infinito. Y por una parte se empieza”.

El tiempo es lo de menos. Nos ha llevado varias semanas pulir el plan y conseguir los elementos, pero al fin vamos al lugar, provistos de sendos portafolios llenos de explosivo plástico y con detonador manual. No necesitamos artificios tales como bombas de relojería, especialmente en el Lugar somos invisibles e impalpables.

Pese a contar con esa ventaja, temblamos al entrar. Nos colamos junto con una partida de demonios que vuelven de alguna cacería. Sí, sólo verlos de cerca nos da pavor, pero no hay motivo concreto para temerles. No nos ven; para ellos nuestra sombra es más tenue que el humo de un cigarrillo. Sabemos dónde dirigirnos; dejamos de lado las dependencias poco rele-

vantes, las mazmorras de los condenados —que encontramos llamativamente poco pobladas—, los baños, los archivos, y llegamos al centro del Lugar: el casino de los demonios. Allí están, comiendo, riendo, bebiendo. Se cuentan entre sí lo que cada uno le hizo o le piensa hacer a los condenados. Se divierten. “Elegimos la hora precisa”, pienso-digo a Andrés.

El doble estallido también nos sacude a nosotros haciéndonos girar como globos en un huracán; el tremendo estruendo nos priva de todo sonido mientras persiste el movimiento y las luces arremolinadas de variados matices entre el rojo fuego y el naranja pálido. Hasta que todo se va calmando, apaciguando y sólo quedan el humo y el polvo que se van moviendo en lentas volutas, descendiendo paulatinamente. Entonces vemos las paredes ennegrecidas, los manchones de sangre, los cuerpos reventados y retorcidos. Contamos más de cuarenta. Pocos, en realidad. Sobre la pared más distante vemos algo que nos llama la atención; nos acercamos. Se trata de dos niños aplastados, aplanados, incrustados en el grueso muro y rodeados de una amplia aureola de sangre hirviente, goteante.

—¿Qué carajo hacían acá? —pregunta Andrés—. ¿Serían condenados o hijos de demonios?

—¿Importa eso?

Ahí nos quedamos, contemplando esa increíble obra de pintura *real*, abortos, hasta que unos gritos lejanos rompen la co- rraza de silencio.

Reaccionamos y advertimos que los demonios sobrevivientes hacen lo mismo. Se oyen quejidos en el salón y pasos y voces en las afueras.

Nos vamos. El plan era más amplio y devastador, pero se nos han ido las ganas de completar la ejecución. Antes de salir, eso sí, libramos de capuchas y grilletes a los pocos condenados que hallamos en las mazmorras. Es un acto simbólico, ya que aun con nuestra ayuda y la confusión general difícilmente podrán escapar. Lo sentimos: nosotros ni siquiera tuvimos esa posibilidad.

Un par de días después leo en los diarios sobre una “terrible explosión en una dependencia oficial”. Se atribuye la responsabilidad a un par de oficiales no identificados que habrían entrado a dicha dependencia portando explosivos decomisados en un procedimiento. ¿Atribuyen el hecho a una chamonada de su propia gente?

Andrés y yo estamos hartos. Deambulamos por las calles como fantasmas, sin preocuparnos ya de si somos visibles o no. Terminamos de pudrirnos; nos convencemos de que el infierno no tiene fin y de que nada nos resta por hacer aquí. El fuego no mata al fuego.

Luego de caminar toda una noche y todo un día decidimos partir. Y así recobramos el ánimo como quien se desembaraza de un peso muerto.

Es una espléndida mañana de setiembre. El viento frío limpia la cara de la ciudad y empuja hacia el río todo el polvo, la humedad y el humo que forman la atmósfera habitual de Buenos Aires. Respiramos a pulmón lleno; sí, todavía respiramos. La Avenida de Mayo está copada por camiones llenos de hinchas de fútbol. Camiones que se entremezclan con el tránsito ya de por sí denso de la avenida, generando una confusión inusual. Los hinchas festejan el brillante triunfo del seleccionado juvenil en el campeonato mundial de Tokio. Tratan de revivir los festejos del Mundial de 1978, pero el grueso del público no los acompaña. Tokio es algo demasiado lejano; un seleccionado juvenil no es lo mismo que el seleccionado nacional; la crisis de la economía especulativa ya comienza a mostrar sus uñas. Una larga cola de mujeres y hombres, casi todos viejos, se extiende sobre la vereda sur de la avenida; sus integrantes ven pasar a los hinchas sin mover un dedo, sin inmutarse, lúgubres. La cola parte de las oficinas transitorias de una comisión investigadora de la OEA. Los viejos van a declarar sobre nosotros; sobre los hijos y parientes que un mal día dejaron de ver a causa de una distorsión de la realidad.

Y nosotros no estamos con ellos. Nosotros andamos revoloteando entre la creciente marejada de hinchas eufóricos, confun-

diéndonos con las banderas, las cornetas, las matracas y los cánticos de victoria. Somos miles, tal vez decenas de miles. Somos legión.

## Epílogo

“Los vecinos de la calle Ñandutí de Rafael Castillo despertaron el pasado viernes trece con un hallazgo horrible. Sobre dicha calle hay un extenso baldío y basural que el Municipio está nivelando. Los movimientos de tierra dejaron al descubierto una cantidad indeterminada de osamentas humanas. Los operarios interrumpieron las tareas no bien se produjo el macabro hallazgo y fueron a dar parte a las autoridades, dejando la obra desguarnecida. A su regreso encontraron que un numeroso grupo de niños estaba jugando con los huesos, y éstos, al ver a los operarios municipales, huyeron portando las calaveras, tibias y fémures. El Intendente declaró que los restos eran, en realidad, un hallazgo arqueológico; y solicitó a los vecinos que devuelvan a la Municipalidad las piezas óseas sustraídas por sus hijos” (recorte sin fecha de “La Voz de La Matanza”, periódico zonal de La Matanza, provincia de Buenos Aires).

Caminaba por el barrio gótico de una milenaria ciudad europea. La noche se cerraba sobre un ambiente frío y lloviznoso; las callejas serpenteantes comenzaban a despoblarse y correctos señores burgueses cerraban las puertas y cortinas de sus comercios. Los antiguos adoquines estaban resbalosos y las veredas no existían o eran de una anchura ínfima; la callejuela se fue estrechando y oscureciendo gradualmente, hasta convertirse en un negro pasaje entre dos muros inciertos. En el pasaje dominaba una oscuridad absoluta, una negrura total, pero mirando hacia el otro extremo distinguió la claridad de las luces de neón. Por allí vio venir dos siluetas vacilantes, una pareja de viejos. Apuró el paso en dirección a ellos, pese a saber que –inevitable-

mente— los encontraría en plena oscuridad. No le importaba demasiado; así fuese en la última oscuridad, estarían otra vez todos juntos.



## COROLARIO: LA OTRA RIBERA

Pequeña alma mía, floja y flotante,  
huésped y compañera de mi cuerpo...  
Por un instante miremos juntos las riberas familiares,  
los objetos que sin duda no volveremos a ver...  
Tratemos de entrar en la muerte con los ojos abiertos...  
(Emperador Adriano,  
traducido por Julio Cortázar,  
bastardeado por Alberto Villanueva)

Alberto, que no podía dejar de repetir su propia y fragmentaria versión del poema, cruzaba la Avenida Rivadavia rumbo a la calle Acoyte, con el bolso de viaje al hombro.

Lunes a la tarde, otoño, quizá la última vez que fuera a la oficina, una agencia de exportaciones muerta seis meses atrás y que mantenía por empecinamiento y falta de alternativa. Ya nadie exportaba, y menos por intermedio de una agencia mal situada, peor atendida, con un socio-dueño suicidado y otro –Alberto– carente de cuatro manos y diez piernas.

Acoyte estaba llena de basura, una semana de huelga municipal; los desperdicios desbordaban la calle y amenazaban llenar una zanja abierta por los obreros del gas, reparación que había quedado inconclusa. La boya que señalaba la obra tenía una leyenda pintada: “Estamos en el fondo”. Alberto no recordaba durante cuántos días había visto ese cartelito y pensado distraídamente sobre su significado. En el zaguán de un ruinoso colegio secundario privado, una pareja se abrazaba y refregaba parsimoniosamente. Volver a tener quince años; eran otras épocas: más despreocupadas, más insolentes y nítidas, floja alma mía.

Antes de entrar al viejo edificio de oficinas, ayer hotel barato, miró hacia atrás. Basura, escombros y zanjas; congestión de colectivos en paradas sucesivas; una parejita (tal vez dos homosexuales) franeleando; el aturdimiento, la bronca. Al otro lado de

la calle un ómnibus se salió de la calzada y –ruido resquebrajante– aplastó un puesto de diarios hasta dejarlo arrugado como uno de esos papeles que había en la basura.

La recepción del edificio estaba abandonada y sin correspondencia; para qué preguntar, si el correo no funcionaba desde hacía meses. Lo único que llegaba –arreglo entre entes estatales– eran las cuentas de servicios y tributos.

Ascensor jaula. La oficina tenía el aspecto habitual desde que el socio encargado de la administración decidiera ser fantasma. Los formularios se apilaban desparramados y un olor rancio de polvo y tabaco resistía cualquier intento de ventilación.

Alberto abrió la única ventana del despacho, que daba al oscuro hueco interior del edificio.

Abulia, desorden. Se sentó a su enmarañado escritorio dejando el bolso de viaje en una silla. Allí estaba. Entre el revoltijo de papeles encontró la última edición de la Guía Peuser. Buscó una vez más la página de itinerarios para cerciorarse de que lo leído no había sido un sueño o un error. A la familia le había dicho que se iba a Rosario, donde tenía una carga para despachar; nada importante, pero tampoco despreciable. Contaba con el equivalente a cien dólares, un dinero menor a la suma de deudas que tenía empaladas en el pincho del escritorio. Le alcanzaba para ir a una localidad que no figuraba en el mapa, pero sí en el itinerario de una empresa de ómnibus de larga distancia...

Por lo menos así era según el cotejo de la Guía Peuser (última edición) y los actualizados mapas carreteros que juntaba en la biblioteca.

Claro que la guía ya no era lo que solía ser. Le quedaba el nombre, pues ahora no la editaba la antigua y escrupulosa editorial Peuser, fundida años atrás, sino un ignoto sello editorial que la imprimía en Chile; así sufría errores, desactualizaciones y groseras correcciones a pluma sobre clisés. Entre las paradas de Buenos Aires y Rosario, la Empresa de Transportes Internacional (Buenos Aires-Asunción del Paraguay) ofrecía un alto en “El Paraíso”, población inexistente en los mapas de ruta.

Se restregó los ojos. En la pared, justo entre el retrato de San Martín y el mapa de la República Argentina (edición 1988), Mario, el socio fantasma, hacía señales: movía el brazo derecho en círculos como los policías cuando ordenan el tránsito. “Circulá, Alberto, circulá”.

Ya entendí, se dijo sin asombro ni esperanza; donde las apariencias se caen en pedazos hasta los fantasmas tienen influencia. Pero de eso –le dijo al socio fantasma, señalando la pila de cuentas impagas– te ocupás vos.

El ómnibus internacional salía a las cuatro de la tarde.

Alberto se bajó del colectivo diez minutos antes y corrió atropelladamente por los andenes de Retiro hasta la terminal de larga distancia, subió la rampa, desembocó en el largo salón de boleterías y buscó el mostrador de la empresa paraguaya. No había otros clientes y detrás del vidrio un moreno empleado se limpiaba las uñas con las cartulinas de pasajes.

–Un boleto para El Paraíso, en el coche de hoy a las dieciséis.

El moreno dejó las cartulinas y levantó las cejas para escudriñar la cara de Alberto.

–Sí –insistió Alberto, mostrando la Guía Peuser–; para El Paraíso. En la guía figura como escala entre Buenos Aires y Rosario.

–Ajá –dijo el empleado estudiando la guía como si fuera un pasaporte, o un pájaro extinguido–. Figura, sí, pero no todos los coches paran ahí.

–¿Y el que sale ahora?

El moreno, probablemente paraguayo, no parecía entender bien el castellano. Revisó las cartulinas de bordes sucios y reblandecidos.

–Condicional –concluyó–. Yo le vendo el pasaje pero usted tiene que avisarle al conductor. Si el chofer no puede hacer el desvío usted debe viajar hasta Rosario.

–Está bien. Deme el boleto, ¿cuánto es?

–La misma tarifa que hasta Rosario. –El guaraní señaló la cartelera.

Alberto bajó corriendo al salón de los andenes y buscó el que correspondía. Dolor de ingles, el molinete del andén.

Respiró hondo, ajustó el bolso y pasó. No había viajeros aguardando, aunque sí algunos ya instalados en sus asientos.

El conductor estaba junto a la puerta del coche y lo contemplaba beatíficamente.

–Tiene suerte –dijo–. Hoy salimos atrasados.

Alberto le entregó el pasaje.

–Esta parada sí que es puro adorno –comentó el chofer de buen modo y con ganas de charlar–. Últimamente nadie baja ahí. ¿Está seguro que le vendieron bien el boleto?

–Me dijeron que avisara al conductor.

–Buerio, estoy avisado. Haremos el desvío y lo dejaremos en El Paraíso. No hay problema; tengo ganas de ver como está aquello. –El empleado seguía hablando sin devolver el talón del pasaje.– En una época llevé muchísima gente allá y supe hacer buenos amigos.

En el andén no había mucho movimiento y Alberto parecía ser el último pasajero que abordaba. Se aflojó y decidió fumar un cigarrillo, convidando al chofer conversador.

–¿No tiene equipaje para cargar? –preguntó éste, a la vez que aceptaba el cigarrillo–. ¿No? Entonces, seguro, tendrá la Guía Peuser.

Un escalofrío por el espinazo. Otra vez la sensación de irrealidad. Se quedó mudo. El chofer sonrió.

–¿No le dije que llevé muchísima gente a ese lugar? Suba y acomódese. Cuando llegemos le aviso.

Alberto se recostó en el asiento que le asignaron; el de al lado estaba vacío y pudo estirarse a gusto mientras el ómnibus recorría la interminable salida de la ciudad y el sol se acercaba al horizonte. Modorra, sueño, ojos abiertos.

Palmadas en el brazo. El chofer bonachón lo despertaba.

–El Paraíso, llegamos.

Alberto se sobresaltó y, adormilado, recogió el bolso para bajar. Era de noche.

—Suerte —dijo el conductor mientras lo veía bajar y accionaba el cierre de puerta..

Alberto terminó de despertarse en la calle; corría un viento otoñal y sintió un poco de frío. La parada de ómnibus, como en muchos pueblos de campo, estaba junto a un bar-restaurante.

Entró al salón iluminado con la idea de comer algo y orientarse. Encontró una mesa junto al ventanal y un mozo correctamente uniformado se acercó para preguntarle amablemente qué deseaba. Alberto, acostumbrado a los pesados guisotes de restaurantes vulgares, pidió prudentemente un bife con ensalada y una botella de vino blanco.

Mientras mordisqueaba un pan, para su sorpresa tierno y sabroso, estudió lo que parecía ser la calle principal del pueblo.

Una curva amplia en torno a una estación ferroviaria antigua, extensa y cerrada. Del otro lado se alzaban edificios grandes y modernos, agolpados en la calle principal como escondiendo el campo. El pie de los edificios estaba ocupado por sucesivos locales de comercio, abiertos o todavía iluminados. Pese a que el pueblo debía ser chico, la calle principal parecía sacada del centro de Buenos Aires.

Minutos después el mozo trajo un bife succulento y una nutrida ensalada criolla. Un montón de guita, calculó recordando el delgado contenido de su billetera. La carne estaba a punto, como hecha adivinando el gusto exacto de Alberto, y la ensalada condimentada de manera inmejorable.

Probó el vino. Una marca menor que no conocía, tenía el sabor torrontés que Alberto siempre buscaba.

De postre encargó sólo café. El mozo le trajo en seguida una taza mediana de café renegrido, espeso y aromático. Lo probó: eso era café y no el “jugo de paraguas” que servían comúnmente en restaurantes y bares.

Temeroso, pidió la cuenta. El camarero la trajo sobre un pulcro platito metálico. La suma indicaba “000”, tres ceros.

Alberto miró al mozo sin comprender. Había un error, ¿cómo podía pagar tres ceros?

—El señor pidió la cuenta —explicó el mozo— y yo la traje. Pero en realidad no era necesario. Considere la cena una cortesía de la casa, si prefiere.

—Tengo tarjeta de crédito, si es eso lo que me está pidiendo.

—No la usamos aquí. Pero, si gusta, puede firmar la cuenta. Será suficiente.

Desconcertado, firmó la cuenta y puso sobre el platito todo el cambio que tenía en el bolsillo. El mozo agradeció la propina, con un sonoro y sonriente “¡gracias, y buenas noches!”.

Eran las diez de la noche. Caminó por la calle comercial buscando un hotel, las vidrieras estaban brillantemente iluminadas y repletas de mercaderías, aunque todos los locales, menos uno, ya habían cerrado. Entró al que permanecía abierto, una disquería-librería que difundía los compases de *Let it be*. Vagó entre los estantes acompañado por esa música de buenos y viejos tiempos, olvidando por un momento la intención de preguntar por un hotel y todo lo demás. Atrás del mostrador, ordenando papeles, había una mujer alta y morocha, que tendría unos treinta y cinco años, como Alberto. Cuando levantó la vista, Alberto sintió que se caía en los amplios ojos de la mujer.

—¡Buenas noches! —dijo la vendedora; su voz sonaba cordial y cálida—. ¿Está buscando un hotel?

Alberto se sorprendió un poco; no mucho, porque en un pueblo chico siempre reconocen a los forasteros.

—Sí. Adivinó. Aunque, ya que estoy, podría comprar un libro, No traje nada para leer.

La mujer sonrió.

—Me llamo Susana. Vea todos los libros que guste. Además de los que están en los anaqueles, por acá debo tener algún otro...

Alberto sonrió y ocupó un rato en examinar distraídamente los libros de los exhibidores. Ninguno lo atrajo, pero observó que todos, pese a las distintas presentaciones y tamaños, llevaban el sello de una editora venezolana cuya existencia desconocía.

—Éste es. —La vendedora, que se había acercado sin que Alberto la advirtiera, le mostraba un libro negro, de tapas duras, parecido a una agenda.

Lo aceptó carente de entusiasmo, para no mostrarse grosero. Era de la misma ignota editorial venezolana y se titulaba *Antología personal*. No figuraba autor ni compilador. Cuando vio el índice, un desparramado temblor le recorrió todo el cuerpo.

—Si, tiene razón —dijo entrecortado—; éste es. Lo llevo. ¿Cuánto vale?

La mujer sonrió, un tanto cómplice.

—Nada. Es suyo. Si le parece bien puede firmar la factura.

¿Qué clase de negocio se hacía en este pueblo? Alberto firmó resignadamente la boleta y guardó el libro en un holgado bolsillo de su campera; la mujer no había ofrecido envolverlo, como adivinando que Alberto lo quería tener disponible para una lectura inmediata.

—Si quiere alojamiento —la mujer archivaba la factura—, doblando la esquina encontrará el Gran Hotel. Es el único del pueblo, pero es bueno.

—Gracias. —Alberto se sentía atontado.— Me llamo Alberto y, en realidad, estoy en este pueblo de casualidad, digamos... No tengo planes concretos.

—No se preocupe. —La mujer volvió a sonreír, ahora en forma protectora.— Son cosas que pasan. Si realmente quiere quedarse y trabajar, mi tío necesita ayuda. Él tiene un vivero; mañana se lo puedo presentar,

—Podría ser, ¿porqué no? —Alberto no quiso negar esa posibilidad; nunca había trabajado en el campo, pero estaba librado a lo que viniera.

—¡Muy bien! Venga mañana al mediodía; entonces cierro el negocio y podemos ir al vivero de mi tío. No hay problema,

Alberto quedó más atontado todavía, balbuceó un “no sabría cómo agradecerlo” y se despidió hasta el día siguiente.

El Gran Hotel era un *petit hotel* confortable, moderno y limpio, ubicado donde terminaba la serie de comercios y comenzaba

una calle lateral poco iluminada, una cuadra de chalés ocultos entre espesa vegetación. Ya en su cuarto leyó ansiosamente el libro de tapas negras. No era un libro; era un compendio de todos sus libros. Ahí estaban aquellas historietas del Pato Donald y de Brick Bradford que tanto lo habían maravillado de niño; aquel magistral cuento de Poe que lo había hecho temblar a los quince años; ese otro relato de Borges que lo sorprendiera a los veinte; los cuentos de Cortázar que siempre releía; el poema del emperador Adriano... Más ojeaba el libro, más remembranzas sentía. Era la suma de todos los textos que en algún momento había gozado. El colmo fue cuando en la página 88 encontró, pulcramente transcrito, un poema que él mismo había escrito a los dieciocho años. En ese entonces lo creía perfecto y, ahora, lo halló ingenuamente digno. Comprendió que siempre había deseado ver sus palabras impresas en tipografía y que ese deseo había estado siempre latente, sin manifestarse ni, por supuesto, concretarse.

Ya había pasado la medianoche. Demasiado tarde para buscar a Susana (recordó el nombre de la librera) y preguntarle sobre el tan misteriosamente acertado libro de tapas negras.

A la mañana lo despertó un bullicio de pájaros y el camarero del hotel, que le traía el desayuno: café negro, tostadas –calientes, tiernas–, mermelada y un vaso de jugo de naranja recién exprimido. No recordaba haberlo pedido pero igual lo consumió con gusto; era el tipo de desayuno que prefería. Consumado el ritual matutino y sintiéndose magníficamente, decidió caminar por el pueblo hasta que fuera la hora de encontrarse con Susana.

Recorrió la calle residencial: una larga hilera de chalés amplios y variados, rodeados de pinos, eucaliptos, arbustos y enredaderas floridas. No pasaban autos y los chicos jugaban en la calle como si fuera tiempo de vacaciones. El lugar le recordaba ciertas calles de Pinamar o San Bernardo, localidades costeras donde había pasado espléndidos veranos mucho tiempo atrás. Al final de la calle encontró un club deportivo dotado de todas las

instalaciones usuales y un pequeño estadio de fútbol que se asemejaba, en escala reducida, al estadio mundialista de Vélez Sársfield. Todo estaba limpio, ordenado y perfectamente mantenido. Ya era mediodía y muchos adultos jugaban en las canchas de tenis y de voleibol. Dio vuelta la manzana y luego de recorrer una calle que parecía destinada a oficinas, se encontró con el restaurante donde había cenado la noche anterior. Era hora de ir a la librería-disquería.

Susana parecía otra mujer y no era sólo a causa de la luz del día; se había cambiado el peinado y llevaba un vestido que marcaba muy bien su cuerpo. Qué vagón de mina, pensó Alberto sintiendo una punzada.

–Ho... hola –balbuceó.

–¡Buenos mediodías! ¿Te gustó el libro?

–Ya es mi biblia de bolsillo. Pero ¿cómo...?

–¡Shhh! Secreto profesional. ¿Vamos a lo de mi tío?

–Claro, cómo no. ¿Es lejos?

–Acá nomás, del otro lado de la estación ferroviaria. Ahí están las quintas y las chacras.

–Después me gustaría invitarte a comer.

Susana sonrió y comenzó a cerrar el negocio. Charlando pava-das llegaron a una quinta, doscientos metros después de las vías.

–Éste es el vivero del tío Gerónimo. Se especializa en el cultivo de pinos.

Don Gerónimo los esperaba en la galería de la casa de campo. Era un hombre de sesenta años, robusto y campechano.

–¡Por fin alguien que quiere doblar el lomo! –dijo a modo de saludo, ofreciendo una mano callosa y amiga–. Susana me comentó que usted andaba buscando trabajo.

Alberto se presentó y, apresuradamente, aclaró que nunca había trabajado en el campo.

–¡Bah! –contestó el viejo–. Las plantitas requieren cariño sobre todo. Lo demás lo aprende en una semana o menos. Pero no se preocupe ahora por eso, que el asadito está a punto. Vamos a comer.

Ya en la sobremesa, Alberto se animó a plantear algunas preguntas.

—Digamé, don Gerónimo, este pueblo parece andar a las mil maravillas. ¿No los afecta la crisis económica?

El viejo rió a carcajadas, dándose palmazos sobre las piernas.

—¡Qué va! Acá no hay crisis económica. Tenemos buenos clientes, de afuera, que nos compran todo y nos dan lo que necesitamos. No usamos dinero; nos basta con el intercambio de cuentas.

—Pero, entonces, esto es como una isla; me sorprende que no se llene de desesperados. ¿Cómo surgió esta población?

—Epa, epa. Muchas preguntas juntas hacen ensalada. Una cosa por vez. El pueblo era, en su origen, una estación ferroviaria abandonada. Pero a poco se fue poblando de desesperados, por ese tipo de desesperados como usted, que no se enferman ni enloquecen ni se suicidan. El pueblo los recibió y organizó, aprovechando de cada uno lo que podía dar. Durante décadas hubo apenas unos centenares, pero en los setenta llegaron como treinta mil; yo llegué en 1983, después de un viaje a Europa. Más tarde la afluencia le gente rermó y ahora cae uno de tanto en tanto. En fin, son ciclos.

—¿Cómo es eso? ¿Cualquiera puede venir y quedarse?

—Había sido preguntón el mozo... Vienen los que saben venir. Se quedan los que se acostumbran; los que no, se van por donde vinieron. Así es.

Alberto no sabía si seguir con las preguntas; no quería fastidiar a su futuro patrón.

—Dele nomás —lo animó Gerónimo—. Largue la última del día ¡y tómesese otro vinito!

—Muy bien. Aquí va. ¿Quién maneja todo esto?

—Manejar, lo que se dice manejar, manejan los que tienen coche. Pero no se ofenda: hay una suerte coordinación a cargo de la Estación... ¡Y basta de lengua por ahora! Ya es hora de la siesta. —El viejo saludó y fue a dormir, agregando antes de cerrar la puerta que lo esperaba a las ocho del día siguiente.

–¿Qué edad tiene tu tío? –preguntó a Susana, que se había mantenido en silencio.

–Gerónimo –contestó con picardía– no llega a los cuarenta años, pero le gusta el aspecto de chacarero viejo y robusto.

Caminaron de vuelta al pueblo; antes de llegar a la vía abandonada Susana señaló una casita rodeada de flores.

–¿Te gusta?

–Parece un jardín con vivienda.

–Es mi casa. Puedo ofrecerte un café.

–Vendría muy bien. Y yo...

–Hay cosas que se deben ofrecer sin palabras.

En el medio del jardín, frente a la puerta de la casita, abrazó y besó a la mujer.

El interior de la casita parecía un cuadro de Van Gogh, “Mí cuarto”. Alberto sintió de golpe todas las sorpresas y desconciertos de las últimas veinticuatro horas: admiraba particularmente a Van Gogh. Se sentó sobre la cama tosca, ensimismado.

–¿Te gusta? –Susana hizo un giro de brazos señalando el ambiente.

–...Hermoso. Es un remanso; un lugar de calma.

–¿Qué te atormenta?

–¿Ahora?... lo poco feliz que he sido.

Susana se sentó junto a él y lo rodeó con un abrazo. –Hay luz y hay oscuridad. El paraíso existe para compensar lo oscuro.

–¿Sos realmente un ángel?

Susana no contestó. Lentamente desabrochó los botones de la camisa de Alberto y le acarició el pecho. Un centro musical reproducía el *Canon* de Pachelbel.

Alberto jamás había encontrado a una mujer que se ajustara tan armoniosamente a sus deseos ni tampoco había creído que pudiera gozar tan intensamente.

Cuando por fin tomaron café, se sentía vacío y pleno a la vez. Estaba enamorado como un pibe de veinte años.

—Lo que voy a decir es flojo, Susana —dijo temiendo arruinar el momento—, pero siento de verdad como si te conociera desde hace mucho tiempo...

Susana lo besó en la mejilla.

—¿Ya te olvidaste de tu viejo barrio, allá por los años sesenta? ¿No? ¿Te acordás de la panadería de don Manuel, la que estaba en la esquina de tu cuadra? Yo era la que atendía la caja, la hija del dueño, vos venías todas las mañanas a comprar pan, pero nunca hablamos. Yo, sin embargo, te esperaba. Hasta que un día dejaste de venir.

—Sí, sí... Nos mudamos de apuro; una orden de desalojo... Así que vos eras...

—Susana.

—Susana, la chica con la que nunca me animé a hablar. —Alberto la abrazó reteniéndola.

—Chabón —dijo Susana cariñosamente.

Esta vez hicieron el amor sentados frente a frente, reconociéndose.

Alberto se adaptó rápida y animosamente a la nueva rutina. Por un tiempo, hasta que el pueblo le construyera una casa, ocupaba una pieza en el vivero de Gerónimo. Se levantaba al amanecer y tomaba unos mates con el viejo.

Después se dedicaba a los pinos almacigados. Un pinito brota de un gajo que se planta en un cajón de granza volcánica esterilizada, que debe mantenerse siempre húmeda. Después de varios meses, cuando el gajo ya tiene raíz, hay que limpiarlo de moho y trasplantarlo a una bandeja de tierra preparada; años después se los planta en tierra firme para que crezcan; al cabo de diez años el pino es un arbolito.

Sólo entonces, con infinito cuidado, se lo puede trasplantar a su emplazamiento definitivo. Todo esto lo fue aprendiendo gracias a la afectuosa veteranía del viejo Gerónimo. Al mediodía se encontraba con Susana y, pasada la hora de la siesta, volvía al vivero para seguir trabajando hasta oscurecer. No era un trabajo

aburrido, como que no halló pinitos iguales: cada uno tenía sus problemas y necesidades, su propio conflicto para llegar a la adultez.

Después de cenar iba al pueblo y se encontraba con Susana en el negocio.

Una mañana, antes del amanecer, tuvo un sueño intenso.

Soñó que El Paraíso sería ideal si tuviera cerca alguna sierra o montaña. Cuando se levantó, despuntando el sol, salió por la puerta delantera de la casa y vio que la calle de tierra, hacia el lado opuesto, subía una loma y sinuosamente conducía a una montaña de cumbre blanca.

Alberto respiró hondo. El aire, los aromas, los colores y sonidos parecían, de tan vívidos, recién creados. Con el paso firme se encaminó sendero arriba, seguro de hallar entre las primeras rocas una cascada y un estanque. Así, daba gusto.

“Muerte, no te envanezcas”, dijo, digo.

En la estación ferroviaria alguien sonrió satisfecho y prosiguió su trabajo.



**Nunca se sabe  
cómo empieza**



# MATADEROS

## Primera vuelta

El *carrier* golpeaba una y otra vez el portón de hierro; cada golpe sonaba como el latido de un corazón metálico a punto de morir, y ante cada golpe los compañeros retrocedían más y más hacia los edificios del matadero, lanzando cascotes tan inútiles como sus gritos.

Daniel contemplaba la escena desde las ventanas del primer piso y todo le parecía tan confuso como un mal chiste. Del otro lado del portón y el muro, el escuadrón de la policía montada aguardaba su momento, sofrenándose apenas, listo para lanzarse a través de la brecha sobre ese grupo de obreros soliviantados que se habían atrevido a ocupar el matadero-frigorífico más grande del país. “El portón se está rajando”, observó y pensó Daniel. “Mejor me rajo yo también”. Qué hacía él, un oficinista, plegado a esa huelga de matarifes; qué le importaba la privatización o la nacionalización del matadero. Qué carajo le importaba. Sí, lo podían echar. ¿Y qué?, si hay lugares más limpios donde hacer el mismo trabajo, sin necesidad de andar oliendo a res muerta; hay otras cosas mejores para hacer que reventar como una vaca cualquiera. Si al menos esto fuera una revolución, si por lo menos el barrio entero de Mataderos se levantara para apoyarnos, si...

El portón ya cedía. Daniel miró hacia la salida posterior. Los compañeros lo llamarían “cagón”. No importa, más vale cagón vivo que guapo muerto. Aparentando la mayor calma se dirigió hacia el corredor de salida, como quien va al baño. Nadie lo vio. Una vez en el corredor giró a la derecha en busca de la escalerilla bajaba al patio. Vacío. Bajó los escalones de dos en dos, bordeó el galpón de faena y llegó al sector de corrales y mangas, que

como un laberinto se extendía hasta los límites posteriores del establecimiento, El olor a sangre podrida lo saturaba; aspiró regularmente ese aire nauseabundo mientras corría por una manga que desembocaba en la playa ferroviaria ubicada en la parte sur del matadero. Los metros parecían horas. Un estampido a sus espaldas; gritos ahogados, como esos que se oyen en una cancha de fútbol cuando falla un gol cantado. El portón había caído. Apuró la carrera y por fin llegó a un andarivel de la playa ferroviaria. No había compañeros de guardia; tampoco policías. Saltó la tranquera y cayó entre las vías en posición de salto de rana. La playa parecía un terreno baldío; gruesas matas de pasto crecían entre las vías; botellas rotas y cascotes estorbaban el paso. Trató de mantener el ritmo de su carrera. Si llegaba a la villa miseria situada al otro lado de la avenida estaba salvado; el laberinto de esa ciudad oculta y miserable le garantizaba la fuga. Después, a casa, a descansar, a pensar en otro trabajo. Cruzó la Avenida del Trabajo siguiendo las vías, sin mirar a los costados; ya estaba cerca de las primeras casuchas, a unos cincuenta metros, cuarenta... El silbato sonó una vez, dos veces, y antes de que sonara por tercera vez Daniel ya estaba cayendo sobre el suelo de la banquina, viendo cómo se acercaba ese suelo lleno de piedras, trozos de alambres viejos y yuyos, y advirtiendo que el tiempo casi se había detenido durante su lenta caída. Sólo después, al tocar el suelo, oyó las detonaciones.

Indalecio, alias “el Indio”, tecleaba en su máquina de escribir un acta rutinaria. Si Don Ernesto Bobbio, colectivo, propietario del coche interno número 22 de la línea 49, argentino, casado, de 49 años de edad, domiciliado en Juan B. Alberdi 5223, no hubiera chocado con Guillermo Casagrande, argentino naturalizado, solterón, etc., etc., no serían necesarios los escribientes como yo en una comisaría. Sí, señor subcomisario; sí, señor sargento; sí, ya le rompí el culo al preso del calabozo número 2. ¿Y qué dijo? Dijo “Ay”. ¿Lo pongo en el informe, señor? Sí, póngalo en el

informe, pero agregue antes que usted es un puto. Sí, señor, Indalecio es un emputecido cana. Así pensaba Indalecio y hacía tronar su máquina de escribir como si fuese un tren, un tren en el desierto, un tren en el desierto de la vida; linda frase para un tango: “Pasé por tu vida como un tren por el desierto”. Ruido de puertas; la cola de denunciantes se agita. Por el corredor paralelo pasan los de la patrulla arrastrando a un tipo. El Indio los ve por el ventanal de la oficina; estira un poco la cabeza y los sigue viendo. Ahora a través de la puerta de patio; van derecho al sector de los “pesados”. Debe tratarse de un jodido, bien jodido. Durante un segundo, el preso dio vuelta la cara y el Indio se la vio. Era Daniel, sin duda alguna. En qué se habrá metido para que lo traigan así. Ya la veo venir a doña Cecilia; me va a romper los huevos hasta que Daniel aparezca libre. Eran vecinos de nacimiento; se había criado juntos y habían cursado toda la primaria en la misma escuela. Pese a eso no eran muy amigos, o tal vez por eso. Más bien eran como hermanos. Ojalá no esté en algo realmente jodido. Terminó el acta y se la hizo firmar a los denunciantes. En eso vio pasar por el corredor al pesado, pesadísimo, sargento Gómez, tan alegre como un chamamé. Sí, Daniel estaba metido en algo jodido; muy jodido. El sargento cerró la hermética puerta que daba al sector de los pesados como quien pone una lápida.

Aníbal despidió a Liliana con un beso rápido, de esos “me voy a trabajar”, y en realidad iba a hacer un trabajo, sólo que de favor, por amistad. Liliana no se convencía; nunca se ocuparon ustedes de cuestiones penales, qué pueden hacer en la comisaría. Por favor, Liliana, el doctor Constantinópolis es todo un profesional; sabe tanto de penal como de cualquier otra especialidad; no se ocupa de eso porque no se le da la gana; además, es un tipo canchero por donde lo mires. Y eso es importarte para tratar con los policías. Yo voy tan sólo de acompañante, che. ¡Si se trata de un amigo mío cómo no lo voy a acompañar! No creo que tardemos mucho, chau. Pero mirá que toda la zona del matadero

está alzada, hay un lío bárbaro; cuidado Aníbal. Está bien, no te preocupes.

La avenida Bruix, la más corta de Buenos Aires, estaba llena de hojas secas; los plátanos habían sufrido la primera helada fuerte y las hojas formaban un colchón crujiente sobre la vereda. Aníbal se deleitaba hundiendo sus zapatos en los montones más densos y frágiles mientras el sol otoñal alumbraba la alfombra de hojas como una pelota tibia y rojiza. Aníbal que cruzó los Alpes en busca de Constantinópolis, en silenciosa búsqueda de la ciudad de Constantino, montado sobre elefantes blancos de colmillos romos. ¿O era Roma? Todos los caminos llevan a Roma. “*Vere Roma e dopo morire*”.

Llegó a la plataforma del tranvía que lo llevaría a la comisaría. Estoy pensando en pavadas. Y es para no pensar en lo que puede estar pasándolo a Daniel. Dios quiera que Constantinópolis pueda hacer algo, porque a doña Cecilia no le dieron bola y eso que varios testigos lo vieron entrar en la comisaría.

El tranvía 40 llegó rezongando al andén, Aníbal pidió un boleto hasta El Resero, la terminal de la línea que estaba a unos pasos de la comisaría. Se sentó al lado de una ventanilla situada a la derecha del tranvía, con vista al Norte, bajo el tibio sol cortado por los edificios, dejándose llevar por el suave traqueteo. Eso le recordó las épocas en que los dos, él y Daniel, se subían de garrón, en el tranvía y cuando el guarda les imponía el boleto se hacían los equivocados. “Uy, señor, creímos que era el 48; perdone”. Si el guarda no decía nada, bajaban aguantándose la risa. Pero si les decía que el tranvía iba a la misma dirección le contestaban: “Sí, pero en el 48 el guarda nos deja viajar gratis”.

Pese a que era una tarde de sábado muchos comercios estaban abiertos a lo largo de la avenida Alberdi y se veía pasear bastante gente por las veredas; los altavoces del Centro de Comerciantes emitían la melancólica música de *El día señalado*, y en cualquier momento Aníbal esperaba ver salir a Gary Cooper de la sucursal de correo, con el fatídico telegrama en la mano.

Los altavoces también emitían propaganda; anunciaban la próxima *matinée* del cine El Plata, las últimas ofertas de Calzados Monti, el café de Los Mandarines, hasta que el tranvía dobló por Murguiondo y todo el bochinche de la avenida fue quedando atrás. Al llegar a la plazoleta de El Resero el tranvía viraría en redondo y recomenzaría su eterna vuelta Caballito-Mataderos, Mataderos-Caballito, así sin cesar, sin saber siquiera cuándo y cómo empezó, a menos que lo mandaran a reparaciones, a esos siniestros galpones cercanos a Primera Junta. Sigo pensando pavadas, se dijo Aníbal.

El doctor Constantinópolis se ajustó los anteojos y miró al policía con desconfianza.

—No me diga que no está acá; hay gente que vio cuando lo trajeron.

—Doctor —el policía aparentaba un aire de disculpa, tal vez sincero—, yo no le digo que no esté; le digo que no figura en el libro de entradas.

—Es lo mismo; si no está en el libro fíjese si está en las celdas y luego asíntelo en el libro. Después de todo, ¿qué hizo ese muchacho? No es ningún delincuente. A lo sumo lo pueden acusar de ser solidario con sus compañeros de trabajo.

El policía vaciló.

—Discúlpeme, doctor, pero yo no puedo resolver.

—Entonces deme con el oficial de guardia.

Aníbal veía esta escena como si estuviera ocurriendo muy lejos, en un televisor o en una pantalla de cine; no tenía sentido que interviniese. Pero en ese momento entró Indalecio con un aspecto de hombre muy ocupado, aspecto que se acentuó cuando vio a Aníbal y lo saludó con una leve inclinación de cabeza. El doctor discutía ya con el oficial de guardia, que le respondía evasivamente, haciéndose el zonzo.

—¿Venís por Daniel, no? —dijo Indalecio con un murmullo, y Aníbal asintió—. Le están dando con todo; quieren los nombres de los cabecillas. Saben que Daniel no tiene nada que ver, que se metió en el lío de puro pelotudo, pero lo tomaron de punto para verificar las informaciones. Ya sabés cómo es esto.

–¿No podés hacer nada?

Indalecio se ofendió como si le dijeran que Labruna era un patadura.

–Melón... Si fuera por mí estaría suelto. Las órdenes vienen de arriba. Trataré de arreglarme con el oficial a cargo para que lo suelten cuando terminen de interrogarlo. Por supuesto: acá no estuvo ni yo te dije nada. Mañana o pasado aparecerá en algún baldío vivito y coleando, aunque un tanto magullado... y él mismo te va a decir que acá no estuvo.

–Pero, ¿lo lastimaron mucho?

–No te preocupes –contestó el Indio, con ese aire que adquieren los policías veteranos–, no te preocupes, que tenemos la picana descompuesta.

“¿Cómo se lo digo a doña Cecilia?”, pensó Aníbal, desconociendo a su ex compañero de escuela. “Parece mentira lo que un par de años en la policía pueden cambiar a un muchacho”.

El timbre de aviso sonó con su eterno chirrido de aguafiestas. Los chicos quedaron en la posición de firmes en los lugares del patio donde habían sido sorprendidos por el aviso. Una figurita que había sido lanzada al aire muy alto siguió su parábola descendente y cayó al suelo sin que nadie se animara a recogerla.

Sonó el segundo timbre, el timbre de formación, y los chicos caminaron ordenadamente en dirección a sus aulas para formarse frente a ellas en doble fila, como soldaditos vestidos de uniforme blanco, atreviéndose a hablar sólo en voz muy baja. Sin embargo, un pibe, discretamente, se desvió de su camino para recoger la figurita que había quedado en el suelo. Cuando la recogió pegó un salto y fue corriendo hacia la fila de sus compañeros, perdiendo por completo la compostura.

–¡Alumno Treves! –exclamó la maestra con su voz de pito–. El próximo recreo lo pasa parado en la puerta del aula.

–¿Qué hiciste, Indio? –le preguntó ya en clase Daniel.

–¿Qué querés? Era la figurita de Labruna; esa rara que me faltaba

–¡Andá! ¿A verla?

–Está bien, te la muestro porque sos un amigo; no porque seas mi compañero de clase. Si no, van a querer verla todos.

El *crack* del fútbol les sonreía a ellos dos solos desde la figurita gastada y arrugada. Aníbal no la vio porque se sentaba más lejos, en el fondo del aula.

La maestra estaba fastidiada. Los murmullos no le permitían leer un libro que tenía sobre el escritorio. Los llamó al orden y les dictó un problema de matemática.

–Ya me tiene podrido esta maestra –protestó por lo bajo un chico.

–No digas eso, que es buena –replicó Aníbal, que adoraba a la señorita Amanda porque se parecía a Liliana... No bien terminó de pensar eso un escalofrío le corrió por todo su pequeño cuerpo de diez años. Si no conozco a ninguna Liliana... ¿o es que algún día conoceré a una Liliana que me recordará a la maestra Amanda? Pero todo el pensamiento era bastante estúpido y sin sentido.

Poco después se murió la Señora de Perón y los chicos tuvieron varios días sin escuela, pero no los pudieron aprovechar porque la gente estaba aburrida y triste. Tres tristes tigres comían en tres platos de trigo: Aníbal, Indalecio y Daniel.

### **Tercera vuelta**

El *carrier* golpeaba una y otra vez contra el portón de hierro, que sonaba a cada golpe como un corazón metálico herido. La gruesa cadena que habían puesto los compañeros para asegurar el portón se estiraba como los tendones de un atormentado. Un oficial del Ejército, con cara de enfermo del hígado dirigía las operaciones mirando de tanto en tanto su reloj pulsera, contando los latidos de un moribundo. El escuadrón montado y las tropas de asalto apenas se contenían, esperando la brecha que les permitiera de una vez acaba con ese enojoso asunto.

Daniel veía esta escena desde las ventanas del primer piso. Le parecía que todo había durado siglos; las horas de toma se estiraban en su memoria pero sólo esta escena final la sentía como real. Toda su vida anterior parecía una película o una grabación ahí guardada en un rinconcito de su cerebro.

“Debe de ser el cansancio”, pensó. “No importa, esto se terminó, tengo que escapar”.

Le vino el imperioso deseo de huir por los corrales; el deseo era tan fuerte como la corriente de un río crecido e invisible. “Tengo miedo. Soy un cobarde; soy un cagón”. Sin embargo sintió que no podía hacer otra cosa. ¿Por qué? ¿Qué pasaba si se resistía a esa compulsión? Estupideces. Huyó calmadamente por los patios y los corrales, buscando llegar a la playa ferroviaria ubicada al sur del matadero, sabiendo con toda certeza que era inútil, completamente inútil. Minutos después —esta vez no le parecieron horas— rodaba cansado entre el suelo y el aire, sintiéndose una pelota de goma filmada en cámara lenta.

Retomó la consciencia de sí mismo cuando lo metieron dentro de la comisaría, pero era una consciencia anónima, de uno en el montón. Recordaba vagamente todo lo sucedido; sin embargo, sólo se sintió vivo cuando se dio vuelta y vio fugazmente a Indalecio en la mesa de entradas. Después vino el empujón hacia el cuarto del fondo, donde un sargento robusto le daría los primeros golpes, los golpes de ablande. El sargento entró silbando un chamamé y, sin comentarios, empezó su trabajo.

Indalecio, triste cana, seguía tecleando en su máquina de escribir. Si don Ernesto Bobbio no hubiese chocado con Guillermo Casagrande yo no estaría aquí; no estaría, no, pero Daniel sí. Se lo tiene merecido por andar en política, por hacerse el loco, por romper los quinotos. ¿Yo qué puedo hacer? Soy un simple empleado, un escribiente, y no quiero hacer otra cosa; afuera podría ser peor. ¿Afuera de qué? ¿Afuera de la policía o afuera de la realidad? Ahora me volví filósofo como Aníbal; sólo eso te faltaba, Indalecio, emputecido cana.

No había vuelta. Se sentía responsable. ¿Y si empezaba a salirse del libreto?

Aníbal se despidió una vez más de Liliana, que otra vez le recordaba a aquella lejana y gruñona maestra del quinto grado de la escuela primaria. ¿Cómo era que se llamaba? Liliana estaba preocupada; no le gustaba que fuera a la comisaría. ¿Y si en vez de sacar a Daniel se quedaban los dos presos? Zonza, si sólo voy de acompañante del doctor Constantinópolis. El doctor sabe lo que hace; es un tipo canchero. ¡Bah!, si uno le hace caso a las mujeres uno se queda hasta sin amigos.

—Vuelvo cuanto antes, no te preocupes —dijo y salió. Ya eran muchas las veces que se despedía de Liliana en dos años de casados; sin embargo, le pareció que esta vez, sólo esta misma vez, ya había ocurrido antes.

*Dejà vu*, se dijo; deben de ser los nervios. Apartó esos extraños pensamientos y se dejó llevar por su cuerpo a lo largo de las veredas de la avenida Bruix, que estaban llenas de hojas secas, crujientes bajo el sol otoñal. Sintió un placer dulce al dejarse llevar por la fuerza de las cosas. Sólo la mera idea de resistirse era molesta; por ejemplo, la ocurrencia de desviarse un poco para comprar un paquete de cigarrillos. No, mejor dejarse llevar. Pero... ¿dejarse llevar por qué? Por el tranvía 40, directo a la comisaría, derechito a “cafúa”. Los negocios de Alberdi estaban abiertos pese a ser un sábado a la tarde. ¿Mañana es el Día de la Madre? No, no creo. Los altavoces empezaron a pasar la melancólica y evocativa música de *El día señalado*. Esta vez la sensación fue tan intensa que le dieron ganas de vomitar, o de rascarse todo el cuerpo, o de ambas cosas a la vez. La sensación era imposible: jamás viajaba en el 40 en esa dirección. Le vinieron ganas de bajar del tranvía para beberse un coñac en La Patagonia, pero esas ganas lo hicieron sentir peor todavía. Se estremeció y supo que ese estremecimiento no estaba previsto. El tranvía dobló por Murguiondo, ya en el tramo final de su recorrido, buscando esa plazoleta de Tellier y Avenida de los Co-

rrales, donde daría la vuelta en redondo, como un yoyó, para volver a Caballito.

El doctor Constantinópolis discutía con el policía del mostrador. Aníbal no le prestaba atención. Esperaba que apareciese Indalecio. Es curioso, se dijo Aníbal, la última vez que pensé en mí mismo estaba en el tranvía, camino hacia acá; dejé de pensar y ahora me encuentro de sopetón en esta comisaría, no recuerdo sino muy vagamente el haberme bajado del tranvía, el encuentro con el doctor, el camino hasta este mostrador...

Vio venir a Indalecio, serio como una tabla; aunque tal vez caminando un poco más rápido de lo que *debía*.

—¿Venís por Daniel, no? —le dijo en voz muy baja. Pero sus ojos decían otra cosa, decían que estaba sintiendo lo mismo que había sentido Daniel a bordo del tranvía 40—. Le están dando con todo; quieren los nombres de los *activistas*. Saben que Daniel no tiene nada que ver, que se metió en el lío de puro pelotudo, pero lo tomaron de punto para verificar las informaciones. Ya sabés cómo es esto.

Aníbal asintió, había notado que el Indio dijo “activistas” cuando su presentimiento le indicaba que tenía que decir “cabe-cillas”.

—¿No podés hacer algo? —le preguntó, sabiendo que debía decir “nada” en vez de “algo”. El esfuerzo por cambiar la letra le causó un inmenso asco, pero había logrado comunicarse con el Indio de la misma tácita manera. Era como un diálogo cifrado entre espías o convictos. Más bien convictos,

—Melón... Si fuera por mí estaría *libre*. Las órdenes vienen de arriba... —Indalecio siguió con su parlamento sin introducir otra variante que “libre” por “suelto”.

—Pero, ¿lo lastimaron mucho?

—No te preocupes —el Indio sonrió triunfalmente—, que tenemos la picana descompuesta.

Aníbal sintió la tentación de pensar en cómo se lo diría a doña Cecilia, pero no importaba un rábano porque nunca se lo diría. Lo importante era mantenerse consciente, lúcido de sí mismo, al

margen de lo que dispusiera ese libreto impuesto desde afuera. Indalecio, Aníbal y Daniel habían sido compañeros durante toda la escuela primaria... Ahí estaba el error: la Escuela n° 17 del Consejo Escolar 13, Turno Tarde, 5° Grado "A", Maestra señorita Amanda Sofía Cañizares; alumno Aníbal Marco Goytía... La escuela no era su recuerdo de la escuela; era la vivencia misma. Eso no podía ser.

Sonó el timbre de aviso con el mismo aire de aguafiesta de siempre. Aníbal se puso firme mirando hacia el norte, y vio cómo la figurita lanzada al aire un instante antes de que sonase el timbre describía un lento arco en el cielo, sin que nadie pudiese recogerla. Lanzar una figurita al aire en medio del recreo y ver cómo un montón de paparulos se tiraban de cabeza para agarrarla era un chiste muy usual, pero lanzarla cuando empezaba a sonar el timbre de "firmes" era toda una provocación. Aníbal había quedado firme junto a Daniel. Pronto sonó el segundo timbre y marcharon juntos hacia la formación; con un enorme esfuerzo de voluntad, Aníbal buscó los ojos de Daniel pensando: "¿no te das cuenta?". El tiempo podía dar saltos por fallas en la memoria, pero no podía retorcerse hacia atrás y de un momento a otro volver a lo que había pasado diez años antes.

Daniel asintió con un muy leve movimiento de cabeza. Entraron al aula. La maestra estaba sancionando al "Indio" Treves a causa de su corrida inoportuna.

—¿Qué hiciste, Indio? —le preguntó Daniel, ya en los pupitres.

—¿Qué querés? Era la figurita de Labruna; esa rara que *no conseguía*.

El Indio seguía con sus interpolaciones verbales, único medio que había descubierto para comunicarse.

—¡Andá! ¡*Quiero* verla! —contestó Daniel para dar a entender que comprendía el juego.

Aníbal, sentado unos lugares más atrás les dirigió una mirada significativa, comunicándoles que los demás alumnos no estaban al tanto de nada. En efecto, los demás eran como marionetas huecas; Indalecio también lo notó cuando dio un vistazo a los

demás compañeros y a la maestra. Los ojos de todos expresaban sólo vacío. Aníbal no pensaba en Liliana-Amanda; pensaba en Primera Junta-Mataderos. Miró a los ojos de Daniel. Daniel miró a Indalecio. Los tres miraron al resto de la clase. Estaban solos. Tres tristes tigres eran Aníbal, Daniel e Indalecio.

## Quinta vuelta

Las comunicaciones habían mejorado. Ya Daniel sabía que ninguno de sus compañeros del frigorífico estaban en la cosa. No respondían a las transposiciones de palabras que había inventado el Indio, ni a las miradas significativas que usaba preferentemente Aníbal. Otro tanto había averiguado Indalecio en la comisaría, y Aníbal no había tenido éxito alguno en sus intentos de comunicarse realmente con el doctor y Liliana.

Estaban solos, pero conscientes y unidos. Ahora, cuando se encontraban en la escuela o en la comisaría, les bastaba con concentrarse para intercambiar pensamientos. Ya no necesitaban practicar esas dolorosas transposiciones de palabras o esos gestos fuera de guión, esos esfuerzos para desviarse del curso impuesto que siempre resultaban tan molestos. Ahora simplemente dialogaban con el pensamiento, lo que no costaba gran esfuerzo, ya que los diálogos previstos en el libreto los hacían automáticamente.

El *carrier* daba su tercer golpe contra el portón. Daniel lo veía retroceder para emprender el cuarto golpe. Otra conquista era la ampliación del tiempo de vida auténtica. Pensando vivamente en sí mismo antes de cada interrupción podía conservar la vivencia de los intermedios lógicos entre una escena y la siguiente. Los lapsos vividos originalmente (¿originalmente?) se hacían más completos y pausados.

El *carrier* golpeaba por quinta vez. Un compañero tiró una piedra; otro insultó con voz ronca. Ya era el momento de esca-

par, del impulso de escapar. Daniel podía, haciendo un enorme gasto de voluntad, intentar quedarse en la oficina hasta el final; pero había acordado con sus dos amigos no provocar al maldito responsable de esta vida falsa. Para hacer algo efectivo había que planearlo cuidadosamente y actuar en conjunto.

Daniel inició su premeditado escape. No le gustaba la carrera por los corrales, quizá menos que la paliza que sufriría. Lo asqueaba el olor nauseabundo y el piso emporcado de bosta y lodo; sin embargo, podía pensar en libertad. Miró con satisfacción las empalizadas del corral. No todo era tan real como los excrementos que pisaba; ése era su descubrimiento. Para corroborarlo gastó un poco de fuerza de voluntad en apoyarse violentamente sobre la empalizada, fingiendo un desequilibrio en la carrera, y la madera cedió como cartón pintado. La tranquera de la playa ferroviaria sí era de madera auténtica, dura y áspera. Por supuesto; de otra manera no hubiese podido saltarla.

Hizo su salto desganadamente; ahora venía la breve carrera, la lenta caída sobre el suelo, la captura, la comisaría... A pesar de todo debía permanecer consciente hasta que viera a Indalecio.

“Indio”, le dijo mentalmente durante su breve tránsito hacia el calabozo del fondo, “fijate si las armas de la comisaría son auténticas y si funcionan”.

“Ya me fijo. Te contesto en la escuela”.

La puerta del fondo se cerró con un aire definitivo. Poco después vendría el sargento Gómez silbando un chamamé.

El Indio volvía de inspeccionar el arsenal de la comisaría cuando entró al sector de recepción. Estaba serio, y más serio se puso al ver a Constantinópolis y Aníbal junto al mostrador.

—¿Venís por Daniel, no? —Indalecio, a la par que recitaba su parlamento, le decía mentalmente: “Revisé las armas de la comisaría. Son auténticas y funcionan”.

—¿No podés hacer nada? —“Las podemos usar, entonces, el lugar del golpe tiene que ser éste. Acá estamos juntos y en nuestros cuerpos adultos”.

“¿Usar contra quién? ¿Golpe contra qué? Creo que esto es el infierno”.

“No jodas. Dios o el Diablo no usarían decorados de cartón y yeso”.

“Las armas son auténticas. Pueden matar”.

“Eso sólo demuestra que quien montó esta farsa tuvo menos inconvenientes en conseguir armas auténticas que armas falsas”.

“Tal vez la mezcla de detalles auténticos y falsos sea para torturarnos más”.

“Indio, no te pongas en filósofo; eso dejámelo a mí. Hay que seguir averiguando cosas y pronto tendremos la clave para huir”.

—No te preocupes; tenemos la picana descompuesta —dijo triunfalmente el Indio, con ese aire de suficiencia que adquieren los policías, pero mentalmente se despedía diciendo: “Te veo en la escuela”.

Sonó el timbre de aviso. La figurita voló en un amplio semicírculo sobre el patio. Pero esta vez pasó algo distinto. El papamoscas de sexto grado que la había tirado se dio cuenta del error cometido al tirar una figurita “difícil”, en vez de una “fácil”, y con un esfuerzo increíble corrió a buscarla.

“Parece que hay otro que se avivó”, pensó Aníbal a Daniel.

“Veamos qué pasa. Ésta es una violación demasiado evidente del argumento”.

Ambos aguardaron en su posición de firmes, que era lo más cómodo que podían hacer. El segundo timbre no sonó. En su lugar una fuerza irresistible, o casi, les indicó que debían cerrar los ojos. Hicieron un esfuerzo y lograron mantenerlos entrecerrados.

Entonces apareció el director. Salió de la Dirección de la escuela; el guardapolvos blanco le quedaba mal, como puesto apresuradamente. Además, el colegio no tenía director, sino una directora gorda que solía verse fugazmente durante el recreo. Este director más bien parecía un director de cine; llevaba anteojos oscuros demasiado grandes, era pelado y tenía la corpulencia de un ídolo cartaginés.

Pesadamente se dirigió hacia el chico que había recogido la figurita. Lo tomó por los hombros e hizo un gesto llamando a alguien; al instante entró un hombre vestido con un mameluco gris de operario y, sin decir palabra, levantó al chico infractor como si fuera un mueble y lo colocó en el lugar correspondiente. El director recogió la gastada figurita y con el mayor cuidado la puso en el suelo, en el lugar donde debía caer. Ambos intrusos desaparecieron por la puerta de la Dirección y el timbre de formación sonó. Indalecio corrió a buscar la figurita. La maestra lo reprendió.

—¿Qué hiciste, Indio? —preguntó Daniel.

“Revisé las armas de la comisaría; son auténticas y funcionan. También vi a ese coso disfrazado de director, y al obrero”.

“Opino que debe ser nomás el director; no el de la escuela, sino el que pone en escena toda esta obra o lo que sea”.

“Así que tampoco vos creés que esto sea el Infierno”.

“No, yo más bien creo que es una especie de cárcel; una condena a trabajos forzados... Sólo que en vez de picar piedras, representamos papeles”.

## **Décima vuelta**

El oficial que comandaba el asalto contaba los minutos con su reloj pulsera. ¿Cuánto tardaría en caer el portón? No era el mismo oficial de vueltas anteriores; éste era un tipo alto, robusto, con unos enormes anteojos negros y el aire de un ídolo fenicio. Daniel lo miraba atentamente desde las ventanas del primer piso. Era importante que el director estuviese cerca; lo necesitaban.

En la fuga sólo podían participar ellos tres, ya que los demás que habían logrado consciencia —como ese chico de sexto grado— no coincidían lo suficiente en el tiempo ni en el lugar adecuados.

Estaban convencidos, ahora, de que la fuga era posible. Ya ni siquiera Indalecio creía que esto fuese el Infierno; había demasiados elementos falsos, demasiados decorados. Por ejemplo, el recorrido en tranvía que hacía Aníbal: las casas y negocios de la avenida tenían un aspecto demasiado reluciente y nuevo, como un escenario preparado para una reconstrucción histórica; la gente que hacía compras y circulaba por la avenida un sábado a la tarde iba toda vestida a la misma moda, la que se suponía debía regir ese año.

Daniel salió de las oficinas para iniciar su loca y podrida carrera por el matadero. Si el plan resultaba, sería la última vez que lo hiciera.

Indalecio vio cómo lo entraban por enésima vez, y por enésima vez concluyó la denuncia de accidente de tránsito entre Bobbio y Casagrande. Esta vez sería distinto. “Voy a preparar las armas; cuando llegue Aníbal nos fugamos”, le pensó a Daniel.

Aníbal miró por última vez el aspecto de la avenida, si todo salía bien sería la última vez que viese esa calle burdamente falsa. El tranvía, nuevo, reluciente e impecable como nunca hubo un tranvía, dobló por la calle Murguiondo.

El doctor entablaba su inútil discusión con el policía a cargo del mostrador, cuando Indalecio entró revólver en mano. Daniel, que lo seguía tambaleándose, llevaba dos revólveres, uno en cada mano. Mientras Daniel se apoyaba en la pared ubicada entre el mostrador y la puerta posterior, el Indio se acercó a Aníbal y le entregó otro revólver que llevaba en la cintura.

Constantinópolis pedía hablar con el oficial de guardia, el policía vacilaba. Ninguno de los dos, ni el público que esperaba más allá, parecía darse cuenta del motín. Aníbal e Indalecio omitieron totalmente el diálogo que debían pronunciar. Pronto sentían que se desmayaban por el esfuerzo de luchar contra esa fuerza invisible que los compelmía a seguir actuando. Pero enseñada advirtieron que ahora la orden era la de cerrar los ojos. Era

el momento clave; se resistieron como pudieron para mantenerlos bien abiertos, las armas gatilladas.

De la oficina contigua salió el director, todavía vestido de militar. Indalecio le apuntó con el mayor cuidado.

–Corte la acción, enseguida –ordenó el Indio, con voz pastosa.

El director no contestó; se sacó los anteojos negros y unos ojos que parecían de vidrio perforaron al Indio. Indalecio no dudó un segundo; no iba a dejar que lo hipnotizaran. Disparó. El director cayó quejándose; tenía el hombro izquierdo perforado y empezaba a perder sangre.

–Corte la acción ya, o la próxima va a la cabeza.

El director asintió. Los personajes adormecidos se despertaron poniendo caras de idiotas y sin saber qué hacer. Los tres completados se sintieron, al fin, completamente libres. Nada los forzaba a seguir determinado curso de conducta; sentían que podían hacer lo que se les antojara.

Entraron dos hombres de mameluco gris, desarmados. Aníbal los obligó a ponerse contra la pared, junto al director, que seguía quejándose y perdiendo sangre.

–Por lo menos sos humano, hijo de puta –le espetó Daniel, que sentía ganas de moler a patadas al director.

–A ver, ustedes –le ordenó Indalecio a los operarios–, indíquennos el camino de salida.

Uno de los operarios –un tipo alto y flaco– asintió enseguida. El Indio lo apartó de un empujón.

–Ustedes dos se van con este tipo –les dijo a sus amigos–. Yo me quedé acá para cubrirlos.

–Estás loco, Indio –reprochó Aníbal–. ¿Y vos cuándo te escapás?

–No podemos llevarlos a todos y tampoco podemos dejar al resto solos; enseguida pedirían ayuda. Escuchen bien: yo me quedo con el anteojudo y el otro obrero; si el tipo que va con ustedes no vuelve a buscarme, les vuelo la cabeza a éstos. ¿Está claro?

La comisaría parecía un museo de cera; no se escuchaba otro ruido que los quejidos del director.

—Está bien —dijo Daniel—; no es cuestión de ponernos a discutir ahora. Yo mismo vuelvo con el tipo ése a buscarte y Aníbal nos espera afuera,

—De acuerdo, viejo. Pero apúrense. No se les ocurra tomar un café por el camino.

Aníbal y Daniel pasaron al despacho del comisario, guiados por el operario. En el despacho había una puerta pequeña, al parecer de un baño privado, pero que daba a un largo corredor. Siguieron por ese pasillo notando que las paredes eran de un material plástico y que la luz era difusa y escasa, sin fuente o foco perceptible; el pasillo se alargaba, se curvaba, se cruzaba con otros similares. Subieron y bajaron escaleras; tomaron una bifurcación. Los dos fugitivos empezaron a impacientarse. El operario lo notó y les dirigió la palabra; hablaba en español pero con un acento extraño, con algo de apresurado y taquigráfico.

—No se preocupen, muchachos. Yo estoy con ustedes. Lo que les hacen es injusto.

—No te preocupes vos —le repuso Daniel irónicamente, no bien logró comprender lo que el tipo decía—; tenemos la picana descompuesta...

—¿Falta mucho? —preguntó Aníbal, cortando por lo sano.

—No, ya estamos en el último corredor.

Al final del corredor había una puerta de madera labrada, totalmente incongruente. Por debajo de la puerta se filtraba la luz del día.

El operario la abrió, y el panorama que vieron al otro lado de la puerta fue para los dos amigos totalmente inesperado: un pequeño jardín atravesado por un sendero de grava que llevaba a un portón de rejas; todo tenía el aspecto de la salida posterior de un chalé señorial, pero del otro lado del portón enrejado no había nada... Salvo cierta blancura poblada de fosforescentes interferencias luminosas, como la de una pantalla de televisión carente de sintonía. Sobre una de las columnas del portón parpadeaba una luz roja.

Se oyeron a lo lejos una serie de estampidos ensordecidos. “El Indio”, pensaron Daniel y Aníbal, “tiene problemas”.

—Para que puedan salir —dijo el operario señalando el portón— tengo que hacer algunos ajustes. —Los prófugos asintieron y el tipo fue hasta el portón y abrió una caja ubicada debajo de la luz roja. Volvió enseguida; ahora brillaba una luz verde sobre la columna y al otro lado del portón la blancura había sido sustituida por un paisaje alpino. Una calle de ripio, algunos chalés, pinares y, al fondo, una montaña blanca.

—Es lo mejor que pude conseguir —dijo el operario—. Tienen cuarenta segundos para salir; después se perderá la frecuencia.

—Tengo que volver por el Indio; prometí volver —murmuró Daniel.

—Dejate de jorobar. Salgamos antes de que sea tarde.

—Salí vos —gritó Daniel—. Yo no soy un cobarde.

Aníbal no se hizo rogar, corrió por el sendero de grava hacia ese paisaje que sí era real. Abrió nerviosamente el portón, que sólo tenía un cerrojo común, y salió a la calle de ripio. No bien respiró el aire frío y puro empezó a recordar. Se dio vuelta; la casa se desvanecía en una blancura indefinida, que pronto fue sustituida por un bosquecillo ralo y agreste.

Daniel corrió unos metros por el pasillo, al llegar a la bifurcación vio venir al director seguido de una partida de guardias. Volvió sobre sus pasos; el jardincito seguía en su lugar pero al otro lado del portón estaba nuevamente la blancura y la luz roja del pilar se apagaba y encendía. El operario no estaba a la vista.

Minutos después marchaba preso, custodiado por cuatro guardias armados. El director iba a su lado sin decir palabra; Daniel notó que le habían vendado el hombro herido y que las manchas de sangre todavía cubrían su uniforme desgarrado. Luego de incomprensibles vueltas por los pasillos de plástico salieron al patio de la escuela, solitario y silencioso. Se detuvieron en el centro del patio.

Daniel pensó que nada tenía que perder. Aprovechó la pausa para tomar al director por el brazo sano.

–Por lo menos dígame qué significa todo esto...

Los guardias tensaron sus músculos, esperando órdenes. El director, calmadamente, separó el brazo de Daniel y lo estudió como quien considera si se tomará o no la molestia de aplastar un insecto.

–No es mucho lo que le pido –insistió Daniel.

El director accedió sin demasiado entusiasmo y habló con ese mismo raro acento que habían notado en el operario.

–Ustedes los forzados siempre causan problemas. Ni para los roles secundarios sirven. ¿No piensan en la gente que vive a través de ustedes? Le voy a explicar, ya que, de cualquier modo, tengo que reacondicionar todo.

El director le ordenó a los guardias que bajasen el muro de silencio y que luego se fueran. Una campana invisible de silencio espeso e inaguantable bajó sobre los dos, aislándolos del resto del mundo. Cuando el muro los cubrió por completo, el director comenzó una larga y pausada explicación.

Daniel Barbieri, 1976 y 1984.

## Fuera de vuelta

Clara apartó la colcha de pieles y caminó hasta la chimenea para avivar el fuego. Aníbal se despezó y, estirándose fuera del sofá, optó por servirse otra copa de *brandy*. A través de la ventana podía ver la nieve que caía sin pausa sobre el pueblo de Lanín, y más allá, interferida por los copos de nieve, la silueta temible de la terminal de TP.

–¿Todo bien? –preguntó Clara.

Aníbal asintió. Si no fuera por esa chica morena y cálida, ahora estaría helándose bajo la nieve en un rincón del pueblo. O, peor todavía, en una celda de la comisaría local, esperando una nueva condena para servir como forzado en la TP.

–¿Viste esto? –Clara le alcanzó un ejemplar del periódico “El Heraldo de la TP”.

–No. A ver.

El impreso estaba doblado sobre la página de reseñas. En éste aparecía una nota recomendando la producción *Mataderos*. Se mencionaba como personaje principal al doctor Constantinópolis, pero no había referencias sobre los extras y actores secundarios.

–Recibió un premio –comentó luego de leer la nota.

–Sí, “por la reconstrucción histórica” e “intensidad dramática”, pese a “ciertos desajustes secundarios”... Esto último debe ser por ustedes, los *tres tristes tigres*.

Aníbal tuvo que extremar su atención para entender la que decía la muchacha.

Todavía le costaba comprender el taquigráfico hablar de la época, *su* época, luego de haberse acostumbrado al fluido y espacioso idioma del siglo veinte.

–Perdón, Clara. Estoy sufriendo un reflujo del papel que hice a la fuerza. Es como estar en el mar y en la playa el mismo tiempo; me cueste entender.

Clara se acercó y tomó un sorbo de la copa que sostenía Aníbal. Luego le revolvió el cabello juguetonamente, tal como lo hubiese hecho Amanda, su maestra de la escuela primaria... Pero, no. Todo eso era falso; un mero montaje de telepercepción, la odiada/amada TP. Sin embargo, Clara se parecía a la imagen de Amanda/Liliana; el mismo tipo de mujer dulce y menuda, pero básicamente fuerte.

–Ya pasaré –afirmó Clara–. Siempre queden reminiscencias. El efecto es parecido al de un sueño intenso, en el mejor de los casos. Porque otras veces equivale al de un brote psicótico. Ése es uno de nuestros argumentos contra el uso de la TP como trabajo forzado. Si vos eras un “vago y malentretido”, como dice el edicto policial, bien podían penarte con un trabajo que no afectara tu salud.

–¡Vago y mal entretenido –se enfureció Aníbal–. Simplemente estaba sin trabajo y caído, en la mala. Como tantos.

–De acuerdo, de acuerdo. Nosotros estamos de tu lado.

—¿Nosotros? Explicame mejor eso. Yo sólo sé que estaba vagando confuso por ahí, fugado de la TP, cuando vos me encontraste y me trajiste acá.

—Sí, y no lo hice por caridad ni por amor... Al menos, no exclusivamente por esas causas. Existe una organización a la que pertenezco, dedicada a combatir todo el monstruoso circo romano de la TP. Quizá nunca hayas oído hablar de nosotros; no tenemos buena prensa. La TP nos considera poco menos que subversivos, y vos sabés lo que le hacen a los “subversivos” en nuestro país, pero creemos odioso y malévolo que se use a la gente contra su voluntad para montar esos espectáculos de percepciones integradas. ¡Linda porquería! Un señor acaudalado de Tokio o de Bruselas se siente aburrido de su vida rutinaria y entonces, previo pago de una respetable tarifa, se conecta a la red de la TP y “vive” lo que viven los actores, sean éstos forzados o voluntarios.

—Bueno —concedió Aníbal—, dicho así es terrible. Cuando yo era un espectador ocasional, no me lo parecía tanto.

—No sólo es terrible... Es monstruoso. Te quitan *tu* vida, te la roban para que otros vivan tus experiencias fraguadas, una y otra vez. Por supuesto, hay pretextos artísticos. Los antecesores de la TP (el teatro, el cine, la TV) también los tenían, ¡pero los actores eran voluntarios y no resultaban dañados!

Aníbal se arrebuja en el sofá, arropándose. De pronto se sentía violado. —Tengo que volver —afirmó.

—¿A dónde?

—A la TP. Para rescatar a Daniel y, si está vivo, también a Indalecio.

—Seguís confundido. Esos dos fueron nada más que tus ocasionales compañeros de prisión, no tus amigos de la infancia.

—No importa. Entre los tres planeamos la fuga; yo pude huir y ellos no. Tengo que sacarlos de ahí. Les debo, al menos, el intento.

—Me parece justo —afirmó Clara, metiéndose en el sofá con Aníbal—. ¿Y qué pensás hacer? ¿Arremeter contra el aparato de la TP como Don Quijote contra los molinos de viento?

–No te burles.

–No me burlo. La TP es un enemigo muy poderoso.

–No me interesa luchar contra la TP; me basta con rescatar a mis compañeros.

–Es lo mismo. Tendrás que unirme a nuestra organización.

–Lo haría con ese único objetivo: liberar a Daniel e Indalecio.

–Veremos –dijo Clara con una sonrisa afectuosa y enigmática–. Por de pronto tendremos que presentarte ante el juez de faltas, y pagar una gruesa multa en reemplazo de tu condena, y otra por fugarte violentamente. Eso implica una fuerte inversión en vos, que tarde o temprano deberás reintegrarnos, de una o de otra forma.

–No tengo alternativa, ¿no? Si acepto tu oferta, paso a ser un

–Aníbal reprimió la palabra “esclavo”... agente de ustedes. Si me niego, en cualquier momento vuelvo a ser un forzado de la TP...

–Y con muchas menores posibilidades de fuga. Te confinarían en un papel de extra. Te la pasarías indefinidamente, por ejemplo, coreando alguna tontería para redondear unos segundos de transmisión por vez. Y, como bien lo sabés, entre vuelta y vuelta los forzados carecen de consciencia. Los drogan hasta la punta de los pelos, “para que no pierden su nitidez perceptiva”. O así la justifican.

–¿Y si me uno a tu organización?

–Tenemos gente infiltrada dentro de la TP; por ejemplo, ese operario que te ayudó a escapar. Una vez solucionada tu situación legal podemos conseguirte un puesto ahí. Serías libre y cobrarías un sueldo. Sólo tendrías que devolvernos de a poco el dinero de la multa... y estar dispuesto a ayudarnos cuando te lo pidamos.

Aníbal se incorporó para apoyarse en la ventana. El vidrio helado contra su frente lo calmó un poco. Despejó el cristal; había cesado la nevada y ante su vista se alzaba, lejana pero nítida, la estación zonal de TP. Ahora sin pantallas perceptivas ni nada que estorbaba su ominoso aspecto.

Bebió el resto de *brandy* y con la mano desocupada dibujó sobre el vidrio empañado el perfil de un antiguo y evocativo tranvía.

Daniel Barbieri, 1985

# Índice

<i>Palabras preliminares</i> .....	7
A propósito de Daniel Barbieri.....	9
Nota a la tercera edición .....	17

## **Un paseo con Gerónimo**

No un tren cualquiera .....	21
Gerónimo.....	23
Un paseo .....	25
Epílogo .....	72
Corolario: La otra ribera .....	75

## **Nunca se sabe cómo empieza**

Mataderos.....	91
Primera vuelta .....	91
Tercera vuelta.....	97
Quinta vuelta .....	102
Décima vuelta.....	105
Fuera de vuelta .....	110
Acerca de... ..	117



## **Ediciones Turas Mór**

es un emprendimiento que se propone crear libros electrónicos de distribución gratuita.

Los derechos de la obra pertenecen exclusivamente al autor.  
Está prohibida su reproducción total o parcial  
sin la cita explícita de su fuente.

Quienes quieran apoyar este proyecto editorial  
pueden comunicarse con la dirección de correo electrónico  
abajo indicada para incluir vínculos  
a sus sitios en futuras ediciones  
o para figurar como *Benefactor Adherente*.

**Ediciones Turas Mór**  
es miembro fundador de







**Daniel Barbieri** fue el seudónimo de **Daniel M. A. Croci** (1951 - 2004). Autor de más de una treintena de cuentos, colaboró durante la década de los ochenta en la mayoría de las publicaciones de aficionados y fundó la revista "Nuevomundo". Fue columnista en la revista de historietas "Fierro" y publicó los libros *Un paseo con Gerónimo* y *Domún*. A lo largo de su trayectoria literaria se hizo merecedor de varios premios como escritor y periodista.



De *Un paseo con Gerónimo* (premio "Mas Allá" 1985) y de su autor se escribió:

"Uno de los escritores más versátiles del *fandom* argentino"  
(Luis Pestarini, revista "Cuasar", Argentina).

"Las escenas infernales son antológicas"  
(Bernard Goorden, Bélgica).

"Combina fantasía europea  
y rica imaginación latinoamericana"  
(Yasutoshi Nakazima, Japón).

"Horror sin truculencias,  
más cerca de Conrad que del terror actual"  
(J. F. Randolph, Estados Unidos de América).

"Su estilo es conciso y austero, sin ornatos,  
pero muy funcional para gestar suspenso  
mediante la concatenación de escenas.

Barbieri forja tramas desbordantes de inventiva  
que salpica con sorpresas y desenlaces inesperados  
que mantienen encendido el interés del lector"  
(Germán Cáceres, prólogo a la 3ª edición).